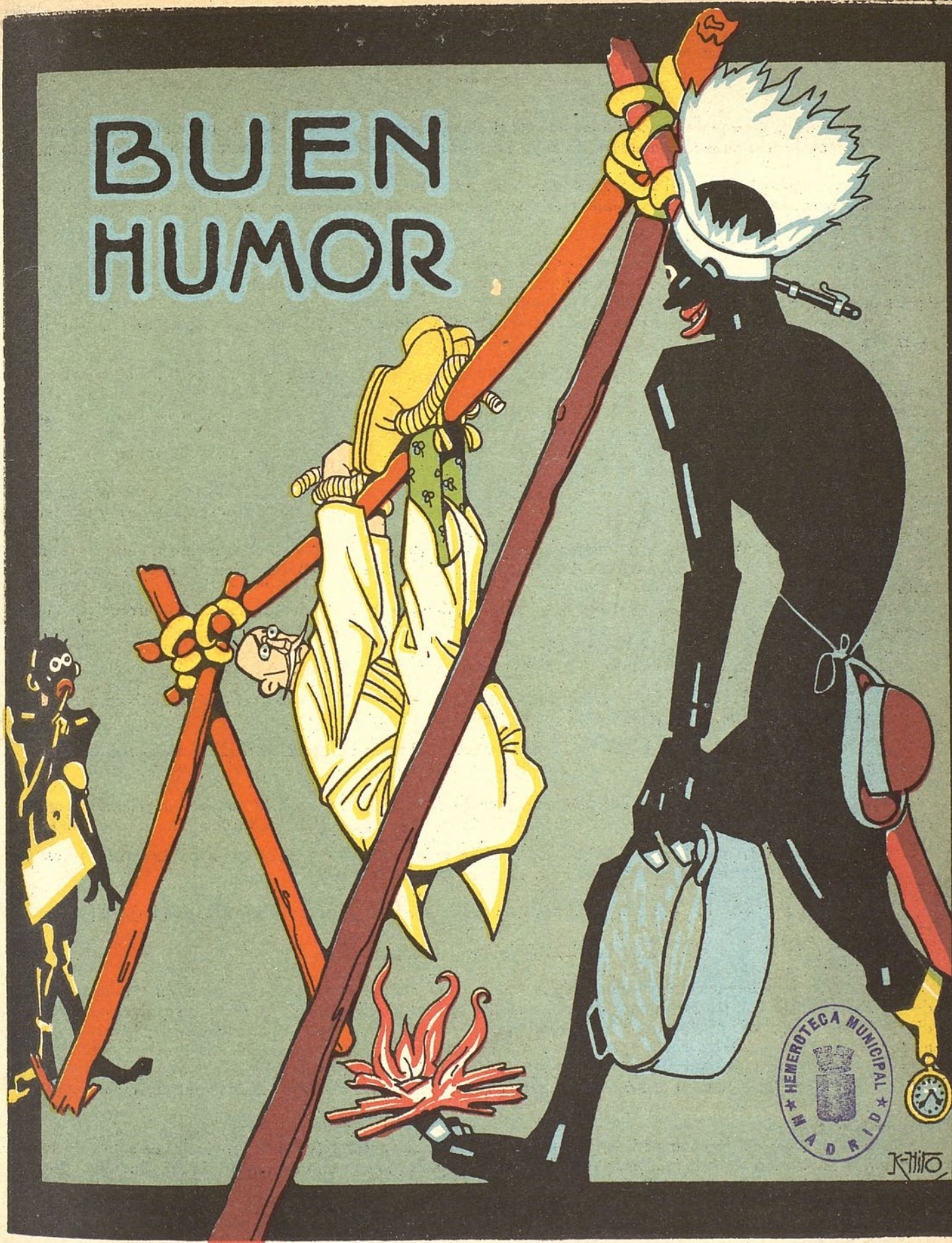


BUEN HUMOR



Dib. de K-HITO.—Madrid.

—¿Pero es verdad que comen ustedes carne humana? de Madrid

—¡Cal, no señor. ¡En cuanto colgamos a uno ahí se le pone carne de gallina!...

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

Cerrado herméticamente nuestro concurso de títulos y leyendas, abrimos hoy de par en par nada menos que la friolera de tres nuevos concursos, de cuyo éxito brutal, inmarcesible e imperecedero no dudamos ni tanto así.

Todos nuestros lectores y lectoras, es decir, señoras, señoritas, caballeros, pollos, niños y militares, pueden tomar parte en estos concursos, nada más que ciñéndose voluptuosamente a estas dos condiciones:

- 1.^a Tener gracia.
- 2.^a Cortar el cupón.

Esto de cortar el cupón no se refiere a tener dinero en el Banco, sino a tener en casa unas tijeras con las cuales se pueda verificar el sencillísimo hecho de *desglosar* del texto de nuestro semanario los cupones que han de acompañar a los envíos de los lectores.

Y hechas estas necesarias aclaraciones, pasamos a dar cuenta de los concursos que en este momento abrimos.

PRIMER CONCURSO. — Este concurso, que será continuo como los discursos de D. Melquiades, o para decirlo más claro, que se verá, fallará y tendrá premio todas las semanas, consiste en un chorro de chistes, caídas o gracias (como ustedes prefieran llamarlas), de las cuales, las que a juicio de la Redacción sean más ingeniosas y originales, lograrán los siguientes honores:

1.^o Hacer inmortal el nombre de su autor, que se publicará al pie del chiste o gracia, acompañado, si lo desea, de su edad, su estado, su profesión, su domicilio y hasta sus ideas políticas.

2.^o Provocar la envidia de los redactores de este semanario, los cuales, hasta los que sean calvos, se tirarán de los pelos que puedan al ver que hay en el mundo señores tan graciosos o más que ellos, y que no presuman como ellos.

3.^o (Hay ascensor.) Al autor del mejor chiste de los que publiquemos en cada número, entregaremos la formidable cantidad de **DIEZ PESETAS** en metálico, o en billetes de Banco, siempre que el susodicho autor dé la vuelta del billete en el acto.

¡Con que, queridos lectores, a calentarse la cabeza! ¡Manden muchos chistes, muchas ocurrencias, muchas gracias! ¡No hay de qué!

¡Anden ustedes, y que les den dos duros!

¡Ah, una advertencia!... Este concurso procuraremos que no quede desierto jamás.

SEGUNDO CONCURSO. — Este concurso, que cerraremos el día 2 de abril, consiste en dar una respuesta graciosa, contundente y definitiva a la siguiente pregunta:

¿En qué invertiría usted con más aprovechamiento la cantidad de dos pesetas con sesenta y cinco céntimos?

TERCER CONCURSO. — También será cerrado el 2 de abril, y también consiste en aclarar con salero, intención y oportunidad la siguiente y terrible duda que nos está consumiendo desde hace cinco años:

¿Por qué razón misteriosa e indescifrable cuesta veinte céntimos el tranvía para ir a las corridas de novillos, y dos reales para las de toros?

En ambos concursos, los que contesten con más gracia y acierto serán galardonados con la ya imponente suma de

CINCUENTA PESETAS

Es decir, que si hay un lector que consigue alcanzar los dos premios podrá disponer en un momento de **VEINTE DUROS** (todos buenos y perfectamente acuñados), con los que se pueden resolver casi diez días de existencia, sin el agobio de la lucha diaria por el cocido y de pensar en qué habrá que hacer mañana para que la criada pueda ir a la compra... Aunque nosotros preferiríamos que los dos premios recayeran en autores distintos, tanto porque hacemos la felicidad de más familias, como porque nos haría gracia ver las caras de los agraciados cuando la sorpresa de ser premiados con diez duros les hiciese exclamar con inefable regocijo:

— ¡Anda, diez!

Los envíos habrán de venir necesariamente firmados por sus autores (y los de provincias en sobre abierto y con la indicación de *Original para imprenta*), y acompañado cada uno de los originales de un cupón de los que publicamos por separado.

CONCURSO-ANUNCIO

En el número próximo publicaremos los nombres de los concursantes agraciados con los tres relojes ofrecidos como premio por la casa *Leyer y Compañía*. La enorme cantidad de soluciones que hemos recibido, y que necesariamente hemos de leer para separar las que no sean absolutamente exactas, nos impide publicar el resultado de este concurso en el presente número.

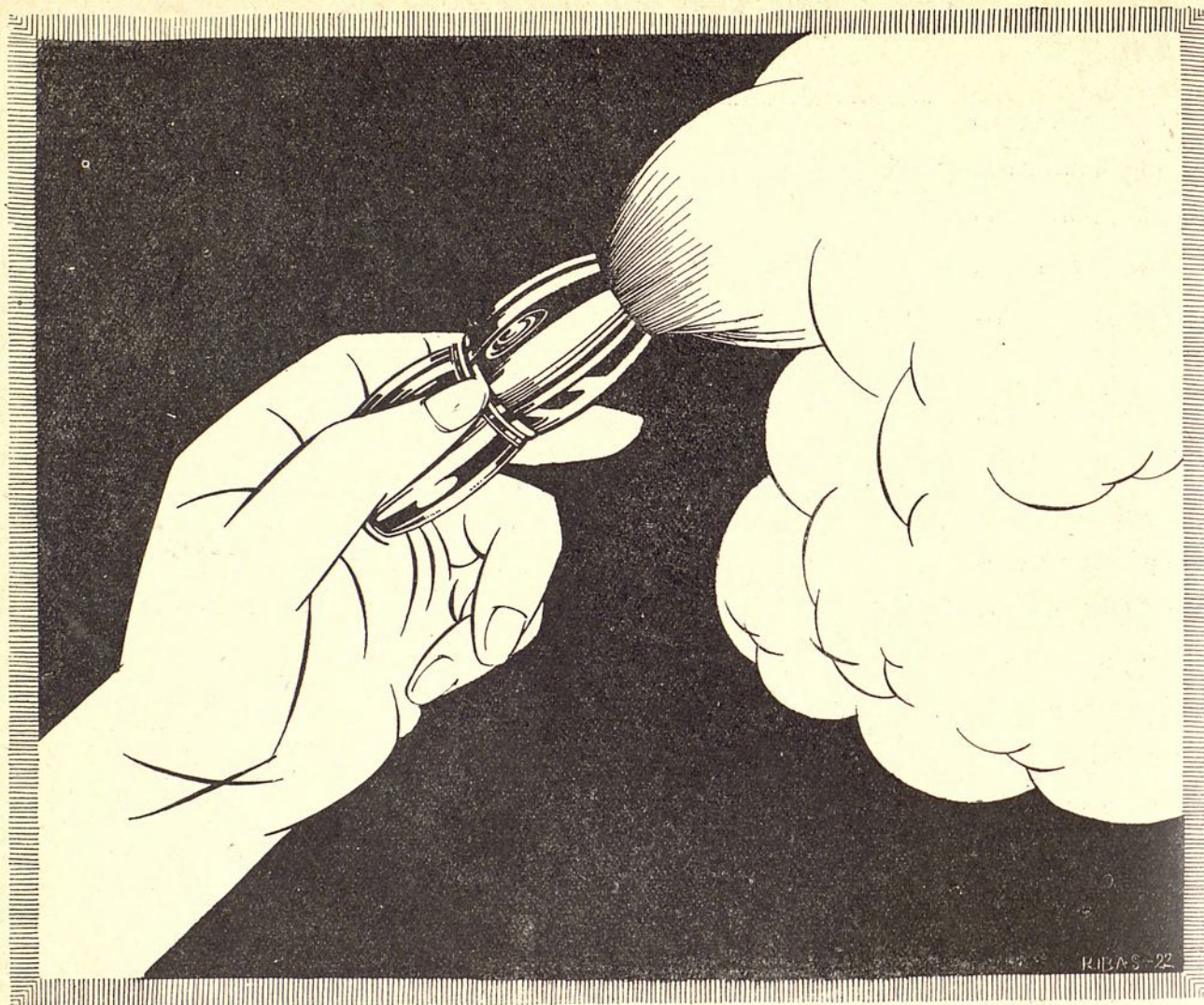


SOLUCIÓN

— ¿Qué te parece, Jacinto, de los polvos de Leyer?

— Hombre, yo he venido ayer. He pasado un mes en Pinto, y al llegar a la estación, mis chiquillos y mi esposa no me hablaron de otra cosa que de esa preparación. Hoy, después de la comida, pasé un rato en el Casino, y allí me habló don Gabino de ese gran insecticida;

y Alejandro, entusiasmado,
loco, también me decía
que él usa ese preparado
de Leyer y Compañía,
y que es una maravilla,
que evita los mil berrinches
que producen la polilla,
moscas, mosquitos y chinches,
y que se puede pasar
la vida de un modo muelle
adquiriendo sin tardar
polvos de Leyer y un fuelle.



EL JABÓN DE AFEITAR EN BARRAS

DE LA PERFUMERIA GAL

produce abundantísima espuma que
no se seca en la cara.

TUBO 1.50

RECEPCIÓN ACADÉMICA

SEÑORAS y señores:
La Academia de Ciencias Físicas, Telúricas y Telesfóricas ha tenido a bien designar para la vacante producida por la prematura muerte del sabio octogenario don Iñigo de la Escalera, gran especialista en terremotos terrestres, al que en estos momentos solemnes tiene el alto honor de dirigiros la palabra. Gran honra es para mí ocupar en esta casa el hueco de La Escalera, pues ni mis estudios teóricos sobre las velas de sebo, ni mis trabajos prácticos acerca de la supresión del humo del cigarro, los considero méritos suficientes para tan señalada distinción.

¿Qué os voy a decir de las obligaciones que me impone la aceptación de este sillón? Que son superiores a mis merecimientos, tan superiores como las damas que me escuchan.

En mi discurso de recepción no he de ocuparme de algunas vulgaridades científicas de todos vosotros conocidas. Todos sabemos que la seda se saca de los gusanos, la lana de los borregos y los corchos se extraen... de las botellas. Hablaros, pues, de la seda y de la lana y de los corchos, sería ofender vuestra natural ilustración y molestar sin razón ni motivo a los gusanos, a los borregos y a los alcorques. Me ocuparé de los tres agentes físicos que se conocen con los nombres de *calor*, *luz* y *electricidad*.

A modo de prolegómenos de mi disertación, haré referencia sucinta de los progresos más notables de

la ciencia en estos veintisiete últimos siglos, a saber: *las ligas de los corsés*, *los ralladores de queso*, *las piezas rayadas de artillería*. Con el rayadillo se alarga tanto el tiro, que no habréis visto jamás unos pantalones de rayadillo que se queden cortos. Y de la artillería de la marina de guerra, ¿qué os voy a decir? ¿Qué es un barco de vapor, después de todo, sino una locomotora bañándose? La aviación es otra conquista moderna..., pero vieja. En todo tiempo han volado los fondos de algunas cajas, y no es de hoy precisamente que los enamorados se casen y vayan derechos hacia la luna... de miel.

Sólo he de hacer constar que el

problema de la aviación estará resuelto en absoluto el día que los aviadores adopten la alimentación racional: alpiste, trozos de lechuga, algún terroncito de azúcar...

El calor. — El calor es uno de los agentes más útiles y necesarios. Suprimid un agente de Policía, y nadie lo echará de menos; pero suprimid el agente llamado calor, y habréis eliminado de un golpe el limón helado, la leche merengada, los ventiladores, las persianas, los baños de mar... y el baño de maría. De dos maneras puede engendrarse el calor: por combustión y por rozamiento. Asáis una costilla en un horno: hay combustión; se caientan dos concejales y se rompen

las chuletas respectivas: ha habido un rozamiento. El rozamiento se puede disminuir engrasando los ejes y las ruedas de las máquinas; pero hay otro medio tanto o más eficaz para evitar el desgaste: prohibir la obscuridad en los cines e impedir el lleno absoluto en las plataformas de los tranvías.

La luz. — Su importancia es tan grande como la del calor; por eso cuando Dios hizo el mundo, observando que existía cierta frialdad entre Adán y Eva, dijo: *Fiat lux* (que, traducido al romance, quiere decir: «Aquí hace falta tener pero mucho quinqué»). Los fenómenos de la luz están sujetos, como los huéspedes de dos pesetas cincuenta, a principios fijos e inmutables. Ya lo dijo Arquímedes: «La luz que va delante es la que alumbra», «No hay más cera que la que arde.»

Sin luz, no tendríamos en Madrid los bailes clásicos de la Bombilla, ni



Dib. SILENO. — Madrid.

nos podríamos epitetar con aquello de «Tú eres un primo alumbra-do», aparte de otros mil adelantos que sería prolijo enumerar.

Pasemos a la *electricidad*. Tiene su origen en las experiencias del sabio Galvani. Este distinguido batraciólogo, observando las contracciones de los músculos de una rana, le chocó que se movieran *isócronos*, y creó la electrorranocutación, o sea la muerte del cutis de las ranas por la descarga eléctrica de un acumulador. Para atraer la electricidad de las nubes, Franklin ideó el pararrayos: por tanto, le cabe la honra de ser el primer mortal que pudo agarrar una chispa científicamente.

Sin electricidad, estaríamos sin

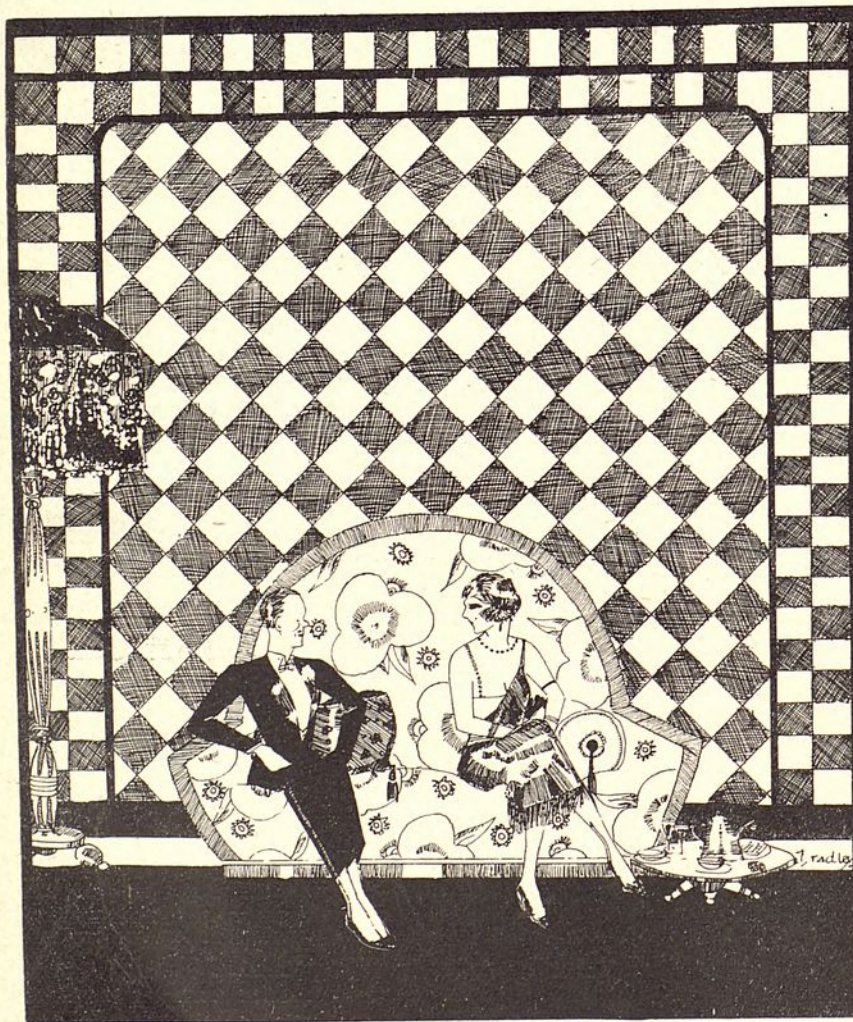
telégrafo, sin teléfono y sin otros inventos admirables; pero, en cambio, tampoco tendríamos que ver cómo corren los *contadores con esa velocidad irritante*, ni aguantar las paradas constantes de los tranvías de Madrid.

Yo espero de los progresos de la ciencia nuevos y transcendentales adelantos. Día llegará en que, por los esfuerzos de los hombres, las ruedas serán cuadradas y los cántaros macizos. Porque, ¡ah, señores!, hoy las ciencias adelantan que es una verdadera barbaridad.

(Una ovación unánime acoge las últimas palabras del ilustre nuevo académico.)

Por el estenógrafo,

JULIO DURANTE.



Dib. ERADLEY. — Madrid.

- ¿Trabajaste tú en la función que dió la vizcondesa de Chevrillons?
— No, Lili. Yo no he trabajado jamás.

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XXI



NOLVI Celes: Ya estoy en Barce, que es una *capi* como mis Madriles, aunque no tan *súper* ni de tanta *impor*.

Tiene sus *comis* y sus *polis*, un porción de *cines* y de *Colis* y la mar de *autos*; pero le falta la alegría de mi *Bombi* de mi alma, que la llevo en una *foto* junto al cora.

He encontrado una *coloca* en un taller de *carpin*, donde me dan un *sala* de quince *pesta* todos los días.

El taller está en la rambla de *Cana*, que es una cosa así como el *bule* de *Agui*.

El *hospe* me lo ha buscado la *Consola*, que está aquí con *Hipo*, y me ha dicho que dentro de poco vendrán *Doro* y la *Marga*, y puede que también el señor *Salus* con su hijo *Inda*, que le ha sacado del *Hospi*.

La *alimenta* es un poco extraña, pues en lugar de *coci* dan una cosa que llaman *escude* y un pan que es de *muni*.

Y ahora agárrate, que te voy a dar una *noti estupen*. ¿A quién dirás que he visto en una *moto* con unos *neuma* de *prime*? Pues a la *Encarna*, la hija del señor *Teo*; ya sabes quién digo, el *porte* del 15 de la calle del *Ava*.

Se ha hecho *cuple* y le habla a un *cata* que es *multi*, y que le ha comprado un *pala* con *ascen*, *calefa*, *tele*, *guáter*, *termo* y hasta *ilumi*na por la *electri*.

A *consecuen* de esto ha reñido con *Foro*, y el pobre chico se ha largado a la *Mili* y se ha apuntado como *legio*. ¡Ya no se acuerda la muy *presu* de cuando bailaba en la *Flor*, al compás de un *orga*, una *haba* girando a *torci*.

En fin..., allá ella.

He perdido el *ape*, y apenas como. ¡Ay qué ganas tengo de volver a tu lado, a mi *guardi* de la calle de *Cala*! Pero hay que aguantar, porque yo he venido a la *capi* de *Cata* para hacer *fortu*, y ya sabes que no me gustan las cosas a medias.

Te *ido* tu

GÚMER.

XXII

Querida *Manuela*: Ayer tarde, cuando esperaba que te asomaras a la *ventanilla* de la parte trasera de tu casa para decirme si salías, vi venir a tu padre *desbocado* hacia mí. Como sé que por menos de nada pierde los *estribos*, yo salí *trotando*, y me refugié en un café que encontré *al paso*.

Sentéme en una *silla*, pedí un *bo-cado*, y di *rienda suelta* a mi indignación. ¿Por qué he de estar siempre en *berlina*? ¿Por qué ha de ser tu padre el *caballo de batalla* en mis amorosas pretensiones, en lugar de manifestarse *blando*, pudien-

do ser el *vehículo* de mi felicidad? He meditado largo rato, y no estoy dispuesto a dejarme *atropellar* por el autor de tus días, que, según tú, es muy noble, pero bastante bruto. A mí no me atropella el *noble bruto*.

Yo bien quisiera poner un *freno* a mi pasión; pero mi cariño marcha a la *carrera*, y no puedo hacer una *parada en seco*.

Cuando yo tenía en esa importante viscera que le llaman *cuore* un «Se alquila», lo *tomastes* tú, no por meses ni por años, sino para siempre. Me tienes «a la orden». Quizás por esto, de noche, cuando empiezo a dar las primeras *cabeza-*

das, se me presenta tu imagen, y ya no se aparta de mí en todo el sueño.

Ayer, que esperaba verte con ese vestido azul que tanto me gusta, y esa *capota* adornada con frutas que tanto te favorece, se encargó tu padre de partirme por el *eje* con su presencia.

Piensa en cuanto te he dicho, y reflexiona sobre la conveniencia de hablar de una vez con tu padre, pues ya sabes que le gustan las cosas en su *punto* a tu

SIMÓN.

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO

***** INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DE "BUEN HUMOR"

NOTICIAS DE PROVINCIAS Y DEL EXTRANJERO

Manicomio modelo. — *Leganes*, 2. — Hace bastante tiempo que en el famoso manicomio de esta culta ciudad están verificándose importantes acontecimientos, que hablan muy alto en favor de la dirección técnica del mismo, y que cuando sean conocidos en toda España han de causar enorme sensación y general sorpresa.

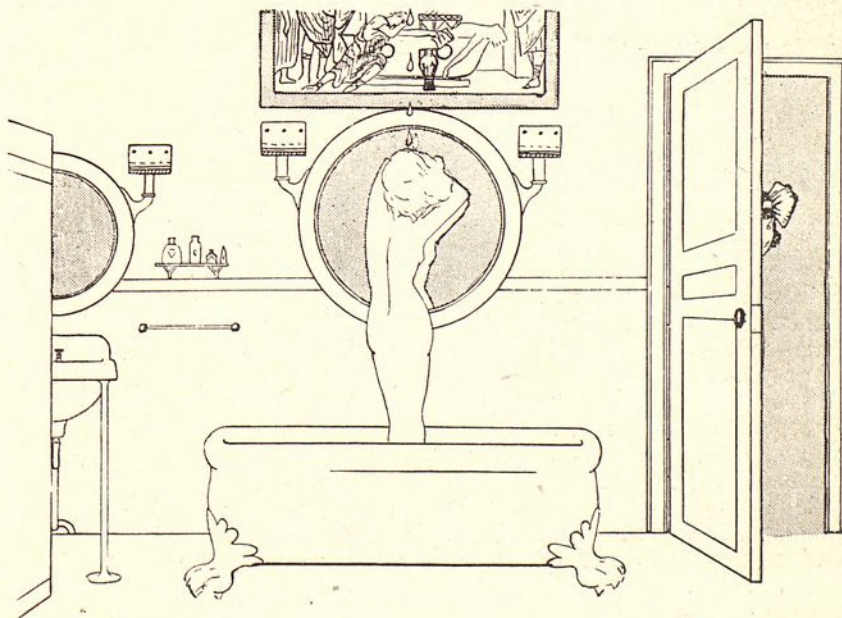
Parece ser que los ilustres doctores alienistas, a cuyo cuidado se hallan los dementes, han logrado inculcar en sus enfermas imaginaciones ideas de trabajo y de progreso que, puestas en práctica por los locos, han dado por resultado peregrinos inventos e insospechadas muestras de lo que puede el talento y la actividad humanos.

Uno de los dementes ha encontrado el medio de fabricar pan con el peso justo, cosa que, aunque en opinión de un panadero con quien hemos hablado es una verdadera locura, marca un estupendo adelanto en la industria panificadora. Otro demente ha descubierto un nuevo sistema para elaborar caramelos por la electricidad, aunque ocioso es decir que el único tipo de caramelo fabricado por el demente es el de menta... Otro loco ha conseguido descifrar todos los discursos pronunciados por Maura, y está escribiendo un libro con la traducción exacta al castellano de los mismos, gracias al cual podrán sa-

ber todos los españoles lo que ha querido decir D. Antonio en sus innumerables peroraciones, cosa que antes no había rey ni Roque que pudiera averiguar ni remotamente... Otro alienado asegura formalmente, que sometiendo a las gallinas a una alimentación constante de patatas maceradas, se compromete a que, en lugar de huevos sueltos,

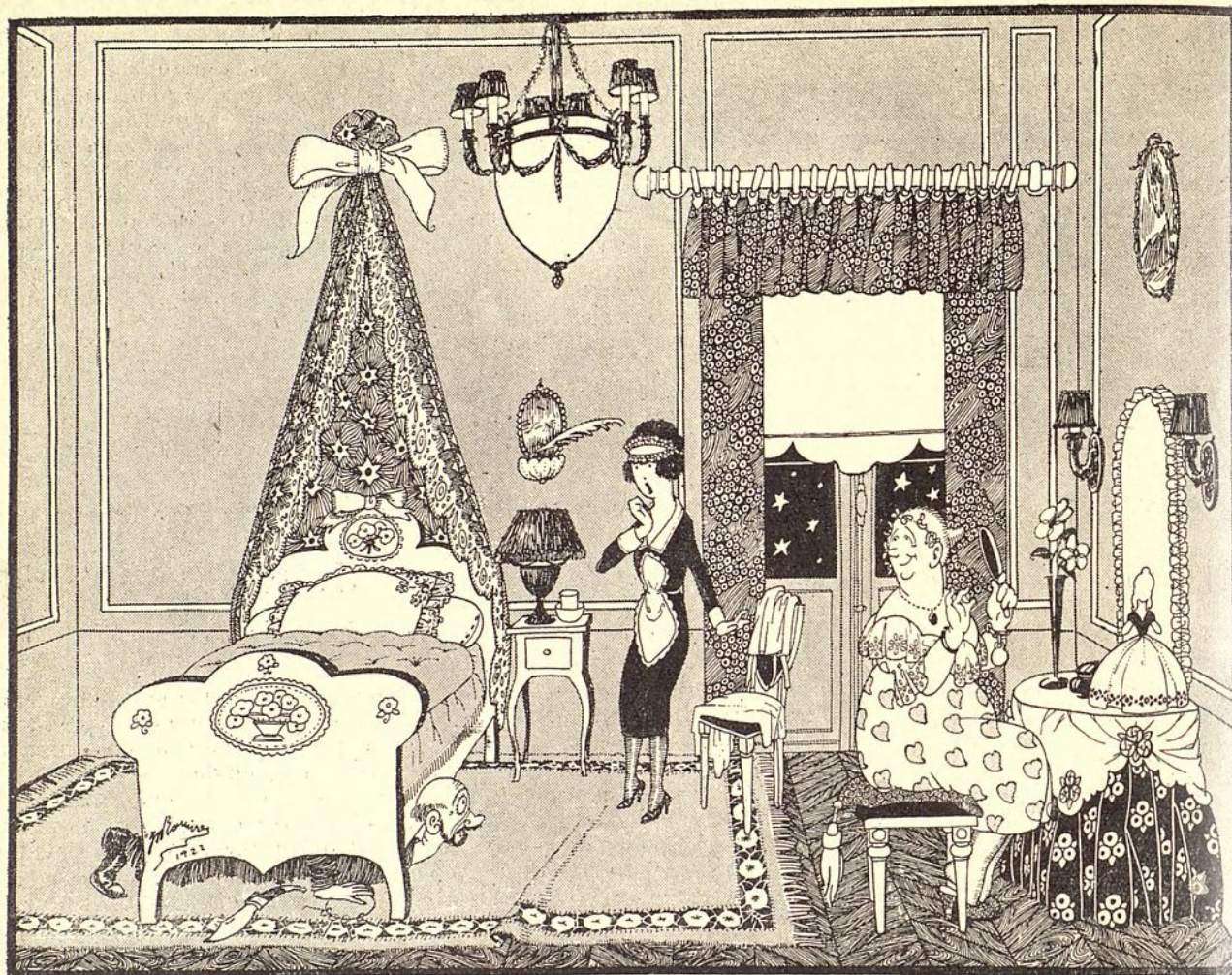
pongan tortillas a la española... En fin, que la relación de todos los inventos y trabajos de los locos sería de una prolijidad enojosa, y creemos que con lo expresado basta para darse una idea de la magnitud de los hechos cuyo descubrimiento nos ha sorprendido.

Y conste que omitimos todo lo referente a los trabajos corrientes



Dib. RAPHA. — Madrid.

— ¿Ha dicho la señorita que un paraguas?
— Sí; porque hay una gotera en el techo, y estoy mojándome.



LA DONCELLA. — ¡Señorita! ¡¡Un hombre!!...
LA SOLTERONA. — ¿Es de veras?...

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

que los locos realizan, tales como construir zapatos, zapatillas y botas de vino, afinar pianos, elaborar quesos, tirar al blanco y coser para fuera, pues es suficiente para los lectores el asegurar que todos, absolutamente todos trabajan hoy en el manicomio, sin darse un momento de reposo.

No obstante, estimamos oportuno recoger la opinión de un obrero de la ciudad, huelgista perpetuo, que nos ha dicho que lo sucedido no debe sorprender a nadie, pues precisamente hoy en día sólo el que está loco rematado puede trabajar de esa manera.!



Boda accidentada. — Nantes, 2. — Ayer se verificó en esta capital la

boda de la bella señorita Ivette Deahy con el culto publicista monsieur Cochín Pichón, en circunstancias verdaderamente interesantes y dramáticas.

Empecemos por hacer constar que toda la buena sociedad de Nantes asistió a la ceremonia, pues los novios contaban con generales simpatías en la población, y además de sus innumerables amigos y admiradores, concurrieron a la boda los padres del novio, la madre de la novia y el ama de cría de la casa, con los dos hijos menores de los contrayentes.

Después de salir de la iglesia y de la alcaldía, se celebró el acostumbrado banquete, al que no asistieron los padres del novio, por estar sometidos a un severo régimen

vegetariano, ni los niños menores, por no ser aún tiempo de quitarles el pecho. A pesar de estas omisiones, sentáronse a la mesa cien comensales, presididos por la madre de Ivette (el padre era completamente desconocido en Nantes), con lo cual, y hablando en castellano vulgar, no tenemos más remedio que decir que en el banquete eran ciento y la madre...

Cuando más animación y confraternidad reinaba en la mesa, uno de los invitados, que había devorado tres pollos elegantísimos y seis platos de judías del Barco, y que además presentaba síntomas indiscutibles de embriaguez, se levantó vacilante, y dirigiéndose a Cochín Pichón, le provocó gravemente a la vista de todos.

Esto, como es natural, produjo un formidable tumulto. Cochín le llamó *cochón* y le obsequió con una *chuleta* que, después de lo que había comido, no tenía más remedio que hacerle mucho daño... El abofeteado dió su tarjeta al novio, y en el acto se concertó un lance en gravísimas condiciones, nombrando sus padrinos el provocador, y no teniendo necesidad el novio de molestarse en ello, porque él tenía ya sus padrinos (el padrino y la madrina) desde por la mañana.

¿Cuál era la causa de la insensata provocación del invitado?

Lo de siempre: el amor rabioso, los celos hidrófobos y la venganza fiera y premeditada. Ivette, cuya coquetería era proverbial, había tenido innumerables novios, unos de Nantes y otros de los pueblos inmediatos. El irascible invitado era uno de los adoradores de Nantes, y el de Nantes odiaba al de después, odio que estalló al convencerse de que Ivette se le había ido.

No hay ni que decir que el duelo se verificó aquella misma noche, pues los padrinos reconocieron que el novio, si se batía después de una noche de bodas, no tenía más remedio que encontrarse en condiciones de inferioridad.

Al tercer asalto (el lance se verificó a espada) pudo verse que Cochín era mil veces menos tirador que su contrario, pues hemos olvidado decir que su fuerte era la aviación y que estaba considerado como uno de los ases del aeroplano, mientras que su enemigo era en Nantes el as de espadas... Huelga, por tanto, la afirmación de que llevó Cochín en el duelo la peor parte, acabando por recibir una herida de tal consideración, de tan enorme gravedad y de antecedentes bíblicos tan terribles (pídanse informes a nuestro buen amigo Putifar, el *patrón* del casto José), que de resultas de ella ha pedido Ivette el divorcio, y esperamos que lo consiga, aunque Cochín piensa entablar el recurso de *casación* contra el de *des-casación* de su señora...

Amigos íntimos del herido afirman que éste, en su delirio, ha dicho varias veces con voz tonante y expresión furiosa ¡que se casa con diez!...

Dudamos de que esas diez se decidan a utilizar sus ínfimos servicios.

La miseria en Petrogrado. — *Petrogrado, 2.* — De todas las poblaciones de la desgraciada Rusia, Petrogrado es, sin duda alguna, la más azotada por la espantosa miseria que actualmente se está ensañando del antiguo Imperio de los zares.

Anteayer hubo un gravísimo motín, en el que lucharon quinientos guardias rojos con dos mil ciudadanos pálidos por la posesión de una patata de Francia, que había

llegado en un tren especial, custodiada por las tropas y con destino a Lenine y su familia.

Hoy se ha declarado una peste, más atroz que las anteriores, en el interior de un quiosco de necesidad de la avenida Neusky, lo que ha dado lugar a que salgan huyendo de la peste todos los vecinos de los alrededores.

La falta de carbón y lo espantoso y crudísimo del actual invierno agrava de un modo horrible la tragedia. Han sido encontrados muertos dos novios al lado de un brasero vacío, y en la carta que han dejado para las autoridades, afirman que se han suicidado, aunque se querían con pasión, porque no encontraban manera de calentarse.

Como lo único que no escasea es el alcohol, la gente bebe vino en proporciones aterradoras, para disimular los tormentos del hambre, y los borrachos y borrachas se cuentan por millones. Ahora mismo acaba de recibirse un aviso en la Prefectura, participando que una mujer ha dado a luz en plena calle dos *medios chicos*, cosa inaudita, que ha producido sensación enorme en la Academia de Medicina.

Urge que Rusia coma, y con esto hacemos punto.

Pero insistimos en que Rusia coma.

¿Cómo? Comiendo.
Europa sabrá cómo.

Robo audaz. — *Roma, 2.* — Ha sido robada la caja del conocido banquero y antiguo tenor Angelo di Nero.

Los ladrones se han llevado tres mil liras y un violín.

Se supone que será para dar un concierto.

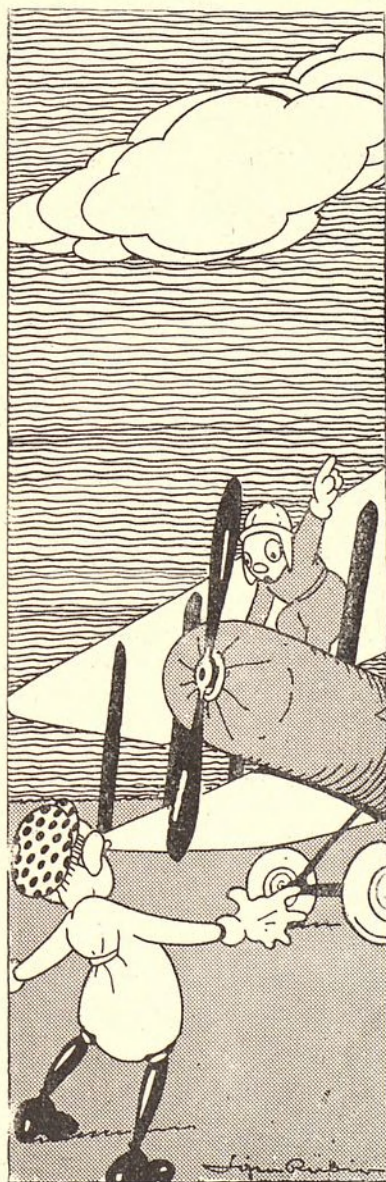
Di Nero ha ofrecido cien piastras al que le devuelva el dinero y obligue a los ladrones a cantar...

Pero nosotros creemos que el perjudicado no va a conseguir echar la vista encima al deseado orfeón.

Si se conforma con *el canto* de un duro, que se pase por la Redacción de BUEN HUMOR, y tendremos el gusto de enseñarle un Amadeo.

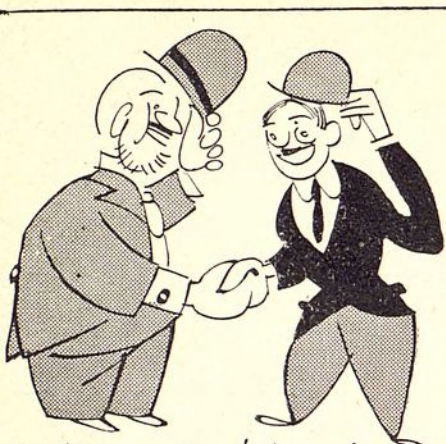
Y mientras tanto, le acompañamos en el sentimiento por tan irremparable pérdida.

Por la inserción de los telegramas,
ERNESTO POLO.

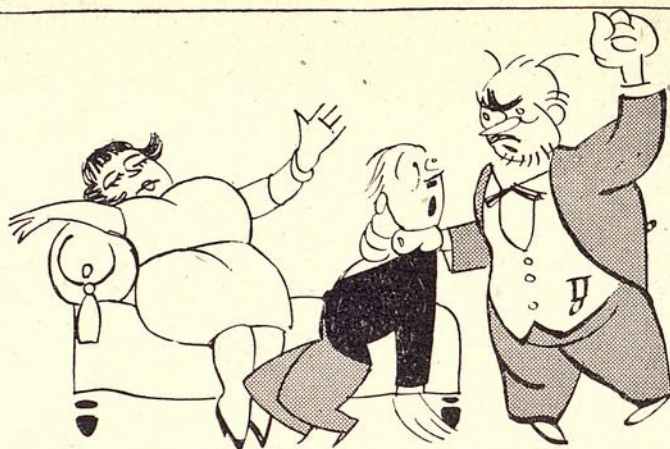


Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

— Pero, hombre, ¿y el pasajero?
— ¿El pasajero?... Pues no sé...
Debe de haberse quedado en aquella nube...



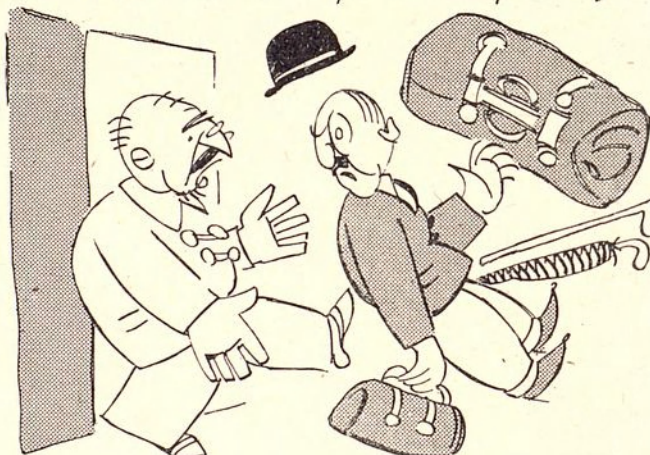
- Pongame V. à los pies de la señora
(¡al marido, le parece muy bien)



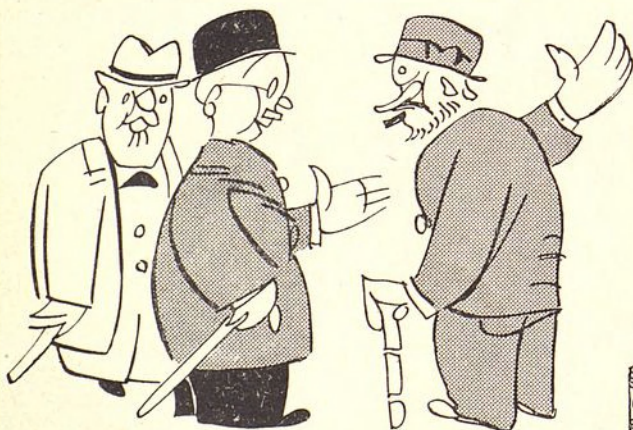
- Lo encuentra à los pies de la señora
(¡al marido le parece muy mal)



- Ya sabe V. que aquí tiene su casa. Siempre será bien recibido



- Viene el invitado y... ¡hay que ver como le recibe!



-.. Será para mí muy grato, prestarles mis servicios.



- ¡¡.....!!
Rokedans

FRASES CORTESES, O CAMELOS DE BUENA EDUCACIÓN

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

CAÑO LIBRE



El señor marqués de Cortina, que, como sabe todo el mundo, ha formado parte del último Ministerio Maura, pronunció hace pocos días en el Senado una frase que debiera grabarse en bronce.

Dijo el señor marqués que «antes que la protección a las industrias está el supremo interés nacional, pues es preciso que los españoles vivan bien, abaratándoles la vida».

Y este loable deseo del señor marqués es también, sin duda, el de todos los señores que formaban el anterior Gobierno y forman el presente.

¡Abaratar la vida a los españoles!
¡Si ése es el bello ideal de todos los políticos!

¡Si desde hace mucho tiempo no tiran a otra cosa!

¿Quieren ustedes unos cuantos botones de muestra?

Véanlos ustedes.



El mismo día en que el señor marqués de Cortina pronunciaba su frase digna del grabado, y para satisfacer las legítimas aspiraciones de los trigueros, el ministro de Hacienda ponía mano en el flamante Arancel, elevando de diez a catorce pesetas los derechos sobre los trigos.

Los cosecheros y almacenistas, que durante la guerra escondían el grano para forzar el alza de los precios, y se frotaban las manos de gusto al hacer magníficos negocios mientras la gente formaba colas para adquirir unos panecillos raquíuticos y caros, ahora no se resignan a la baja: sacan a relucir aquello de que la agricultura es la base, etcétera, etc., y piden y logran la protección del Estado para obtener un precio remuneratorio.

Lo cual quiere decir que hay que perder la esperanza de que baje el pan, porque lo probable es que suba.

Y por este lado no se logran los buenos propósitos del señor marqués de Cortina.



En los presupuestos nuevos, cuya aprobación desean ardientemente los Sres. Alba (D. Santiago), García (D. Manuel), Figueroa (D. Alvaro) y Alvarez (D. Melquiades), porque creen que serán ellos los encargados de distribuir equitativamente los «productos», se crearán impuestos y se recargarán bárbaramente los antiguos, puesto que es necesario sacar a contrapelo a los contribuyentes 600 millones de pesetas más de las que se les sacaban.

Y como no es de creer que estos contribuyentes sean todos candeleros como palomas y se resignen tranquilamente al despojo, sino que, por el contrario, ha de tenerse por seguro que procurarán que el recargo gravite sobre los productos de su trabajo, de su propiedad, de su comercio o de su industria, el valor total de estos productos no aumentarán en 600 millones, sino en 1.200, porque hay que prevenirse por si van mal dadas...

De modo que tampoco por aquí se ve el abaratamiento con que sueña el señor marqués de Cortina.



Las Compañías de ferrocarriles que, a pesar de sus brillantes, numerosos y bien retribuidos Consejos de Administración marchaban, según ellas, a la ruina rápidamente, pidieron al Gobierno el oportuno permiso para elevar en un 50 por 100 sus tarifas de viajeros y mercancías. Se indignó la «opinión», y después de muchos dimes y dire-

tes no se les otorgó más que el quince.

Inmediatamente vino el desbarajuste de los transportes, el alza de los salarios, la suspensión de facturaciones, la supresión de trenes, la prórroga en los plazos para la entrega de mercancías, y el espléndido auxilio del Estado para pagar jornales y adquirir material, en concepto de anticipo reintegrable... el año de la Nana.

Y ahora hay que ordenar todo eso. ¿Cómo? De una manera sencilla. Por de pronto, ya ha pedido el ministro a las Cortes la correspondiente autorización para consentir el aumento de tarifas que a él se le antoje, hasta que el Consejo Superior ferroviario fije el definitivo.

Es decir, que, de una manera o de otra, de un sobreprecio enorme ya no nos escapamos... ¡de ese sobreprecio que estaban resueltos a impedir a toda costa el pueblo y los gobernantes cuando se hizo la petición primera! ¡Cuánto mejor hubiera sido acceder a ella desde luego!

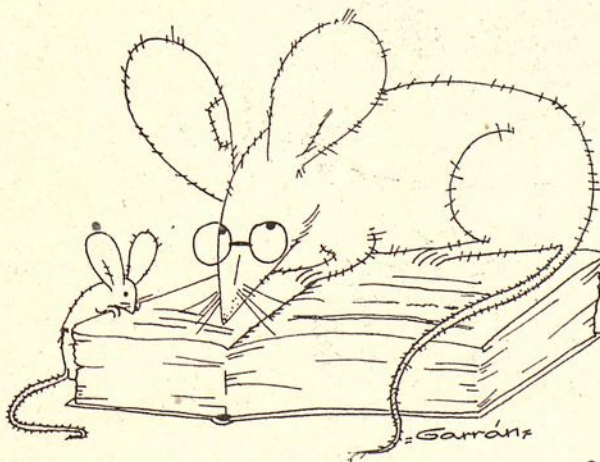
Porque ya pueden ustedes dar por hecho que las tarifas se doblan y el desbarajuste sigue. Y es preciso ser tonto de remate para creer que las mercancías de todas clases, cuyo transporte por ferrocarril continúa siendo difícil y es más caro, no van a encarecer en seguida y proporcionalmente.

De lo cual se desprende que la laudable idea del señor marqués de Cortina va a ser de difícil realización también por esta parte.



Ustedes habrán leído, y ¿cómo no?, que todas las Diputaciones provinciales y todos los Ayuntamientos de las poblaciones importantes de España están locos de contentos. Y donde dice Ayuntamientos y Diputaciones, léase concejales y diputados, que viene a ser lo mismo.

El motivo de la alegría de estos dignos representantes de sus electores es que, con arreglo a los planes de Cambó, que ha hecho suyos el Sr. Bergamín, Diputaciones y Ayuntamientos van a disponer de medios abundantes para desenvolverse económicamente.



Dib. GARRÁN. — Aranjuez.

RATONERÍAS

— ¡Hijo mío, aplicate, que en este mundo hay mucha maldad, y el día menos pensado te la pueden dar con queso!

Esta desenvoltura, que el público ha recibido casi con júbilo, porque no sabe de qué se trata, consiste en que ambas Corporaciones disfruten de amplia libertad para hacer caer una lluvia de impuestos sobre los descuidados convecinos.

La satisfacción de los administradores, que van a disponer de la recaudación alegremente, se comprende con poco trabajo; la de los administrados, que van a pagar lo que se les antoje a diputados y ediles «para dotar debidamente los servicios», es lo que no le cabe a nadie en la cabeza.

Pero, por *fas* o por *nefas*, el caso es que sería la primera vez que a un establecimiento de contribuciones nuevas no correspondiera un alza inmediata en los precios de las cosas...

✂ ✂ ✂

Queda demostrado, con esos cuatro botones de muestra, que lo del abaratamiento de la vida de los españoles se quedará en una dorada ilusión del señor marqués de Cortina.

SINESIO DELGADO.

TITIRIMUNDILLO

Los príncipes rusos están dedicándose actualmente a oficios manuales.

Suponemos que ganará más el que consiga tener un oficio que dé calor.

Es decir, el ruso que abrigue más.

✂ ✂ ✂

Por tres veces se ha suspendido la novillada por mal tiempo.

Tomen nota de los novilleros anunciados los agricultores.

Para echar mano de ellos cuando necesiten agua para sus campos.

✂ ✂ ✂

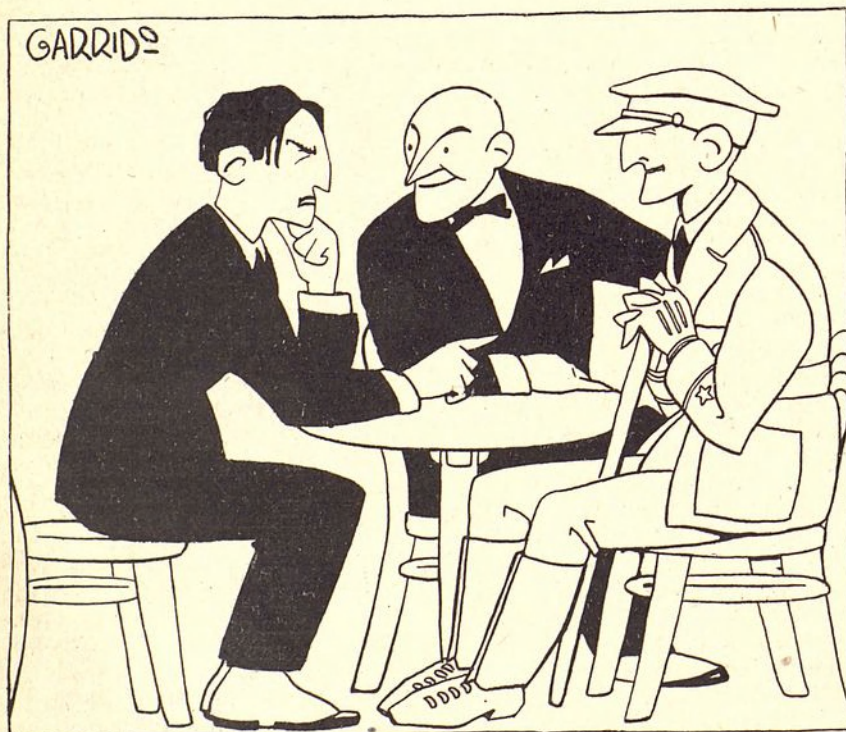
Ahora hay naciones de nombre tan enrevesado, que hasta sus propios habitantes ni saben cómo se llaman.

Y han decidido no llamarlas de ningún modo.

Y si las llaman para que paguen lo que deben, no responden.

✂ ✂ ✂

Según los periódicos estamos en momentos de caos económico.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿Por qué te niegas a que el lance sea a sable?
— ¡Está bien claro! ¿No sabéis que el origen de la cuestión fué que me pidió dos duros?...

Es verdad. Sólo con querer mandar a la compra y echar mano al bolsillo, ¡es, efectivamente, el caos!

✂ ✂ ✂

«El pueblo ha perdido la fe en las autoridades municipales.»

Naturalmente. Los más populares eran los guardias municipales, y, ya ve usted, si se descuidan, les *hinch*an un ojo.

✂ ✂ ✂

Uno que ha aparecido ahogado en el Manzanares tenía guardadas 23.500 pesetas.

Seguramente que las guardó diciendo: «Esto es por si el día de mañana me veo ahogado.»

✂ ✂ ✂

Entre concejales:

— Porque a mí nadie me atropella, ¡garay!

— ¿Eso es interjección?

— No, señor, es alcalde de Madrid; pero en este caso es alcalde e interjección.

✂ ✂ ✂

«Pánico entre los imponentes de la Caja de Ahorros.»

Es decir, que los empleados tuvieron que hacer un asiento más.

Porque, por lo visto, el pánico también era imponente.

✂ ✂ ✂

— ¿Ha visto usted? El Sr. Sala arremetió contra el Gabinete.

— ¿Sala contra gabinete? Eso no lo pueden arreglar más que los mozos de los carros de mudanza.

✂ ✂ ✂

En los Consejos los ministros toman té con pastas.

Y cuando se ocupan de la riqueza rústica, ¿qué hacen?

¿Es en rústica o con pastas?

✂ ✂ ✂

Los representantes españoles en la Conferencia de Génova son tres, y, según dicen los periódicos, «los tres caracterizados».

¿Caracterizados de representantes? ¡A que se han tenido que poner barbas postizas y calva de cartón!

✂ ✂ ✂

El explorador Amundsen saldrá para la zona glacial.

Lo que es allí, cualquiera noticia que le den le dejará frío.



Andanzas de Ulises Redingot

por José María Quiroga Pla y Pedro Caravia Hevia.

PRIMER PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Antonio Barbero.

(CONTINUACIÓN)

Sólo miss Camellia inmutable. Está en el mar como si fuera un delfín.

¡Qué hermosa, qué hermosa, y qué serena!

Tengo fiebre ¿Será necesario que me acueste?

Me he puesto el termómetro y señala 38 grados.

Me retiro al camarote. No puedo más. Por otra parte, siento tener que retirarme sin haber visto de cerca una bandada de tiburones que se aproximan por la popa.

13 de enero. — En el mar Arábigo. — Hoy, pasada la gran fiebre que me tuvo tantos días delirando, he subido a cubierta por primera vez después de mi enfermedad.

El doctor, de acuerdo con el capitán, sostiene que mi dolencia ha obedecido a un ataque fortísimo de mareo.

Pero ¿y los tiburones? Ahora recuerdo que no está consignada en el *Diario* esta aventura.

El día de la tormenta — 8 de enero —, en que se mareó la mitad del pasaje, alguien hizo notar la presencia de una bandada de tiburones que seguían al buque. Como en un sueño recuerdo que miss Fly dijo entonces, aludiéndome visiblemente: «Si hubiera en el buque un aventurero auténtico, podría proporcionarnos el espectáculo de una cacería de tiburones...»

Yo, que sentía arder la sangre en mis venas a impulsos de la fiebre, me despojé de la americana, y con un cuchillo en la boca me lancé a las olas, dando muerte a cinco de aquellos tigres del mar. Desde la borda me arrojaron un cable, y ya sobre cubierta debí de perder el conocimiento, pues no recuerdo más.

La larga enfermedad me ha postrado de tal modo, que todas estas imágenes se presentan en mi memoria envueltas en niebla, como escapadas de una pesadilla.

Observo que nadie a bordo alude a este incidente, sin duda por no excitarme demasiado.

El doctor me ha dicho sonriendo que he pronunciado en el delirio con mucha frecuencia el nombre de Camellia.

Sí. ¡A qué seguir negándomelo por más tiempo! Estoy enamorado de ella cual no lo estuve jamás de mujer alguna.

14 de enero, 4 tarde. — No hay duda ya de que miss Camellia esquivaba mi presencia. Hoy he intentado abordarla, y me ha recibido tan glacialmente que me ha hecho perder la serenidad.

¿Qué he podido hacer yo a esta mujer que justifique su actitud? Al pensar en ello, mi desesperación no reconoce límites (1).

El mismo día, 11 noche. — La idea de que esta mujer rechaza así mi amor se ha adueñado de mí tan poderosamente, que esta noche he llegado a pensar en el suicidio.

¿Cómo fué?

Estaba yo sobre cubierta mientras los demás pasajeros oían música en el salón. Cielo y mar eran

(1) Siguen unos versos en ibicenco.

una sola negrura punteada de estrellas. Llegaba el resuello de la hélice hasta mis oídos. Una amargura inmensa penetraba en mi corazón, encogido ante la idea de que tal vez aquella mujer era la única que podía hacerme feliz en la vida. Esta se me presentaba como algo desprovisto de finalidad.

Entonces, decidido, descolgué un salvavidas con mano trémula y lo lancé al mar, en cuyas olas se chapuzó con un ¡flop! escalofriante.

¡Así debía ir yo un momento después!

Pero una reflexión me contuvo. Porque... ¡y si se me reproducía la fiebre con el remoión!

¡Ah, Camellia, Camellia! (1).

15 de enero. — Parece ser que alguno de la tripulación asistió ayer a mi tentativa de suicidio. Por de pronto, me han puesto el salvavidas en la cuenta de extraordinarios.

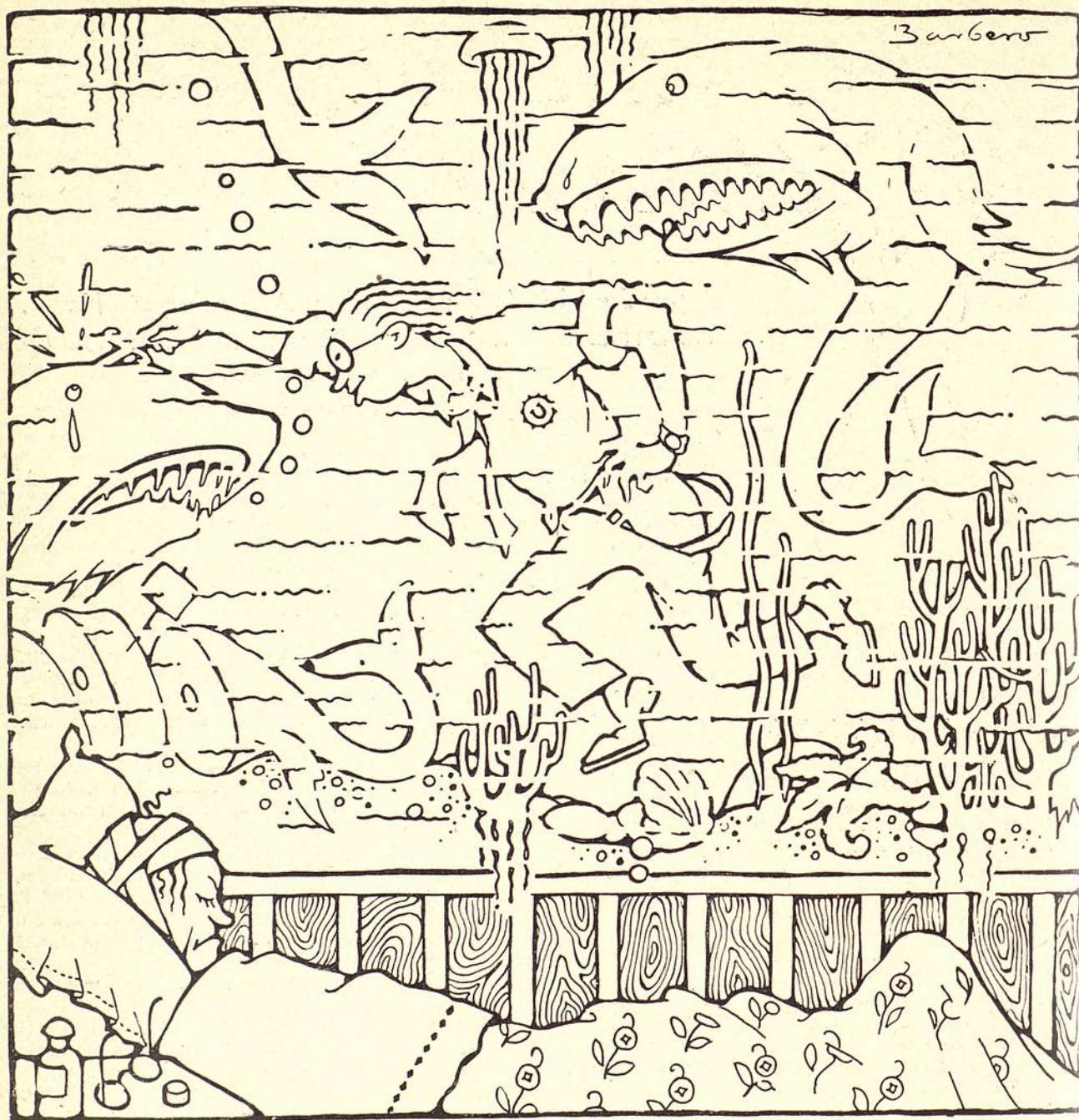
Se ha fantaseado libremente en torno mío. La versión más aceptada es la de que yo me aprestaba a dar el salto mortal cuando cayeron sobre mí cinco marineros (coincidencia: cinco tiburones, cinco marineros), que lucharon fieramente hasta reducirme a la inmovilidad.

Que el motivo de tal tentativa es conocido lo dicen con toda claridad las miradas de los pasajeros; y como ninguna, la mirada y la sonrisa dolorosa con que miss Camellia (¡Dios sea loado!) ha acogido hoy mi presencia en el comedor.

¡Qué diablo! La vida merece la pena de ser vivida.

¡Hurra! ¡Estamos a la vista de Bombay!

(1) Más versos en ibicenco.



... dando muerte a cinco de aquellos tigres del mar.

CAPÍTULO V

«Sentíamos los tres que algo había pasado por nuestra vida, dándole una gravedad inusitada.»

(PIO BAROJA, *Las furias*.)

Una habitación del Victoria Hotel, en Bombay. Conforte bastante problemático. Sobre la cama, que el mosquitero cubre, una maleta

abierta. Inmediatos a ésta, algunos pares de calcetines, ropa interior, un bote de tabaco y un pay-pay.

Sentado ante la mesa, en mangas de camisa, Ulises, muy repuesto ya de su enfermedad, escribe a Alcides una larga carta. Ahora se detiene, dejando a un lado la pluma; comprime en el hornillo de su pipa el tabaco a medio quemar, le aplica una cerilla, y, acodado en

la mesa, lee los últimos párrafos de la carta:

«... Pero cuando me convencí definitivamente de que nunca será mía, fué ayer, al desembarcar.

»Figúrate que, a la entrada del puerto, salió a esperarla un oficial del ejército colonial. Pues bien: verle ella aparecer por la escalerilla del buque y echarse en sus brazos,

todo fué uno. ¡Y que hablen luego de la frialdad inglesa! Porque fué eso de no separarse ya del recién llegado en lo que tardó el buque en anclar. Y luego, unas miradas, y unos achuchones...

»Furioso, indignado, tan pronto como el barco atracó, me apresuré a trasladarme a tierra, sin despedirme ni con un gesto de miss Camellia.

»Y aquí me tienes, decidido a...»
(*Dan unos golpes con los nudillos en la puerta. Del otro lado de ésta, la voz del camarero anuncia:*)

— Sir, un caballero y una dama esperan abajo, en el hall. Preguntan si puede usted recibirles aquí arriba.

ULISES (*levantándose de su asiento para arreglar el desorden de su habitación y ponerse una americana*). — Bueno, que suban. No sé quién demonios puedan ser; pero que suban.

(*Poco después resuenan en el pasillo pisadas de personas que se detienen ante la habitación.*)

ULISES. — Adelante quien sea.

(*En el marco de la puerta aparece miss Camellia, seguida de un hombre alto y huesudo, rubio; de rostro inexpresivo, en quien Ulises reconoce al hombre que salió al encuentro de miss Camellia antes de que el barco fondease. Ahora viste correctamente de chaquet.*)

MISS CAMELLIA (*avanzando hacia Ulises*). — Perdonad, mister Redingot: ante todo, voy a presentaros. (*Indicando a su acompañante.*) Mi hermano, sir Algernon Fly... Mister Ulises Redingot, el explorador español.

(*Los dos hombres se estrechan las manos. Ulises ofrece su única silla a miss Camellia, invita a sir Algernon a sentarse en el baúl, y él se acomoda a los pies de la cama, componiendo un gesto de fingida indiferencia con que trata inútilmente de encubrir su ansiedad.*)

ULISES. — ¿A qué debo el honor...?

MISS CAMELLIA. — Tengo que daros una satisfacción. Mi actitud para con vos en lo que duró la travesía, ha rayado en la sequedad... No me interrumpáis. Oídme, y después, hablad, si os parece. A bordo estabais continuamente rodeado de admiradores y admiradoras. Fui yo la única (*Ulises tuerce el gesto*) que apenas si respondí a vuestros cortesés saludos. Vos, en justa corres-

pondencia, al abandonar el barco, no os habéis despedido de mí... Vuelvo a suplicaros que me escuchéis hasta el final. Huelgan disculpas; bien comprendo que un hombre de acción tiene más cosas en qué pensar que en despedirse de una compañera de viaje (*recalcándolo*) que ni siquiera contestaba a sus saludos.

ULISES (*sonrojándose*). — ¡Por Dios, miss!

MISS CAMELLIA. — No; si es natural. Por eso he venido yo aquí a expresaros la admiración que me repugnaba confesar ante aquella constante guardia de curiosos. Quedan pocos hombres como vos en el mundo; y cuando se tropieza dichosamente con uno de ellos, lo menos que una mujer de corazón puede hacer es concederle su admiración plena. (*Ulises se deshace en signos de agradecida protesta. Sin dejarle meter baza, miss Camellia añade, dirigiéndose a su hermano.*) Habla tú ahora, Algernon.

SIR ALGERNON (*a Ulises*). — Mi hermana os admira profundamente, mister Redingot. Yo también os admiro profundamente. Si mis ocupaciones no me retuviesen aquí, yo os acompañaría, compartiendo gustoso los riesgos de vuestra expedición. Pero si yo no, mi hermana puede y quiere hacerlo. (*Ulises da un respingo.*) Mi hermana es una mujer decidida.

(*Por unos instantes, Ulises ve el cielo abierto. Pero inmediatamente se le representa el serio engorro que supone la compañía de una mujer — y de una mujer amada — en empresa tan peligrosa como la que le aguarda. Y sacrificando los impulsos de su corazón a la razón fría, responde con un suspiro.*)

— Lo siento mucho; pero yo no puedo llevar a miss Camellia en mi compañía.

MISS CAMELLIA (*envolviéndole en una larga mirada*). — No os suponía rencoroso, mister Redingot...

ULISES (*apresuradamente, para no traicionarse*). — ¡Rencoroso! ¿Por qué? Es que, comprenda usted, se trata de un viaje al corazón del Tibet, y...

MISS CAMELLIA (*sacando del bolso de mano un pequeño libro*). — Podéis confiar en mi resistencia. Además, acabo de adquirir este libro (*lee el título*): ¿Quiere usted aprender el tibetano en diez días? Ya me he aprendido algunas frases

sueñas. Con esto, y convenientemente disfrazada, puedo seguirlos perfectamente.

ULISES (*sin saber qué hacer ni qué decir*). — Pero eso es una temeridad. Considere usted, miss Camellia, que es un viaje penosísimo hasta para un hombre, cuanto más... No, no. Yo me consideraría honradísimo con su compañía; pero no puedo aceptarla.

SIR ALGERNON (*poniéndose en pie, gravemente*). — Entonces, señor, me obligáis a batirme con vos.

ULISES (*abandonando, a su vez, de un salto su asiento*). — ¿Cómo? Pero ¿usted oye, miss? ¿Estoy loco, o qué es esto?

SIR ALGERNON (*friamente*). — Elegid: o miss Camellia va al Tibet en vuestra compañía, o me veré forzado a enviaros dos de mis amigos para que se entiendan con vos.

ULISES (*nervioso*). — Bueno; es que... En fin, si ustedes lo toman así...

SIR ALGERNON. — ¿Consentís en llevar al Tibet con vos a mi hermana?

ULISES (*con un suspiro*). — Consiento... (*Entre sí.*) ¡Dios mío! ¿A qué hora saldrá el primer tren? Porque si la llevo conmigo, no llegamos al Tibet.

SIR ALGERNON (*sacando un papel del bolsillo*). — Bien; vos fijaréis la fecha de la partida. Ahora, hacedme el favor de firmar aquí. Vuestra palabra de gentleman me basta. Esto es sólo una pequeña formalidad. (*Oprime el timbre eléctrico. Al camarero que se presenta:*) ¿Está libre la habitación inmediata a ésta?

EL CAMARERO. — Creo que sí, sir. De todas maneras, me informaré de ello.

SIR ALGERNON. — Bien. Si lo está, dad orden de que la reserven a nombre de miss Camellia Fly.

EL CAMARERO. — Está bien (*desaparece*).

SIR ALGERNON (*tomando bastón y sombrero*). — Mister Rendigot: os considero como un perfecto gentleman, y creo que mi hermana irá a vuestro lado como pudiera ir al mío. Os será útil, creedme. Domina la boxe y el jiu-jitsu. En un caso de apuro, tendréis en ella un vigoroso compañero. ¡Ah!, y no escatiméis por ella las aventuras. Le apasiona el film norteamericano. Cuando estuvo conmigo en España, tomaba los tranvías en marcha los días de toros.

CAPÍTULO VI

En el Tibet.

«¡Vete, vete a un convento!»
(SHAKESPEARE, *Hamlet*.)

La acción en Japiritala.

Una cordillera extendida en semicírculo ante un lago; un pico agudo que se distrae ensartando nubes, y un monasterio budista, aunque disidente, que se pavonea en la cima de un picacho.

El pico se llama Samdam-Gand ja-ri (Montaña Nevosa de la Contemplación Divina), y tiene nieves perpetuas y debajo peñascales. El picacho es más interesante. Casi adolescente, de stirpe volcánica, ha embotado su punta como un espetón en la base del monasterio. Desde las ventanas de éste se ve, desparramándose laderas abajo, hacia el lago, un pueblo de casas diminutas, con techos planos y balaustradas de ramas de árboles.

Forman el monasterio una serie de construcciones del conocido estilo tibetano, que se agrupan en torno del templo y comunican entre sí.

En la fachada principal del edificio más importante (correspondiente a los comedores y cocinas), haciendo pendant con una hornacina que guarda un Buda del más puro renacimiento tibetano, hay una placa metálica en que se lee, en blancos caracteres tibetanos:

«A 4.582,05 metros sobre el nivel medio del Mediterráneo, en Alicante.»

En el templo, débilmente iluminado por una lamparilla de aceite que arde ante la imagen gigantesca del Buda, hay tres personas. En lugar visible, prosternado ante las losas, está el Dalaiz-Lama (superior del monasterio), anciano de noventa años, de flotante barba patriarcal y aspecto distinguido. Viste túnica amarillenta, que le llega hasta los tobillos, manto verde y gorro de lana de color rojizo. Mientras reza, quema pastillas aromáticas en un brasero.

Al fondo, ocultos tras una columna y envueltos en tinieblas, juntan sus cabezas, para que no se oigan sus palabras, dos novicios de blancos hábitos. Son Ulises Redingot, que ha adoptado el sonoro nombre

(Se continuará.)

ULISES (*interiormente*). — ¡Si se habrán creído que voy a trabajar para una empresa de películas!

MISS CAMELLIA (*tomándole la mano*). — Hasta luego, mister Redingot. ¿Queréis tomar el té con nosotros?

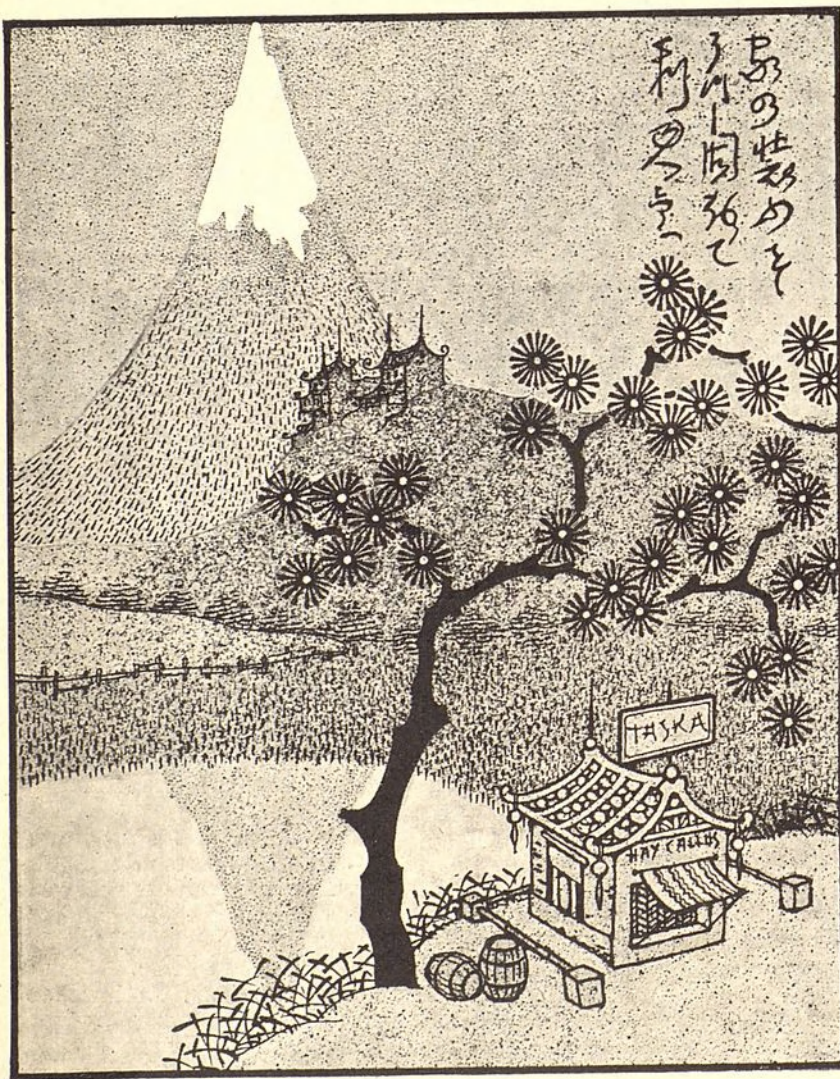
ULISES. — ¡Encantado! (*Estrechando la mano que Algernon le tiende*.) Sir, he tenido un verdadero placer...

SIR ALGERNON. — ¡Oh!, yo lo mismo, yo lo mismo.

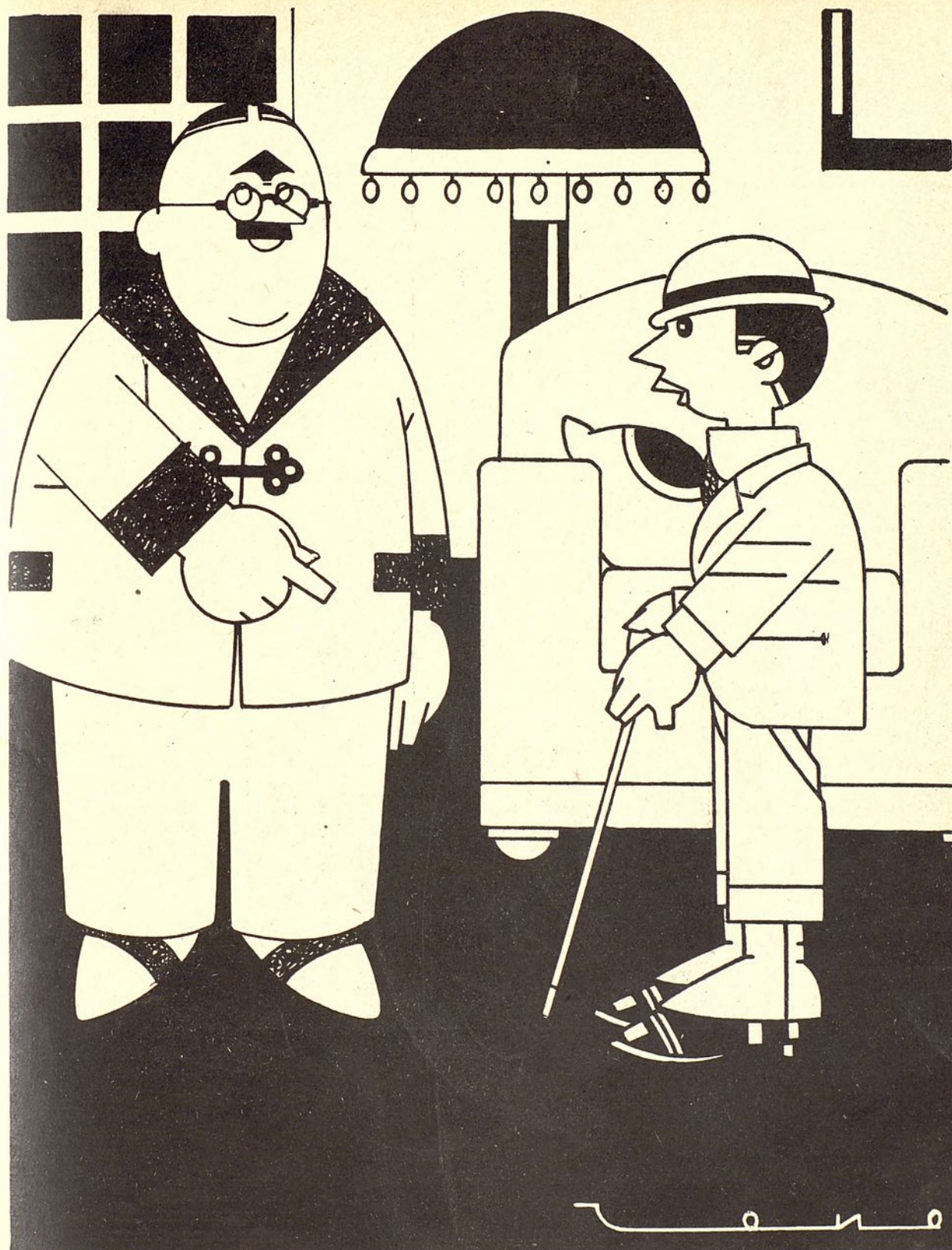
(*Sale haciendo reverencias detrás de su hermana, que se vuelve desde la puerta para lanzar una mirada afectuosa sobre Redingot*.)

ULISES (*cerrando la puerta*). —

Pues, señor: mientras estemos en la India, menos mal. Pero en cuanto nos metamos en el Tibet, se vuelve atrás. (*Sentándose ante la mesa*.) Y yo con ella. Porque yo no me separo ya de esta mujer. (*Va a continuar la carta para Alcides; pero se detiene indeciso, pluma en alto*.) Que no le soy indiferente, lo demuestra el paso que acaba de dar. ¡Bah! En último caso, si por ella fracasa mi expedición, peor para la Sociedad Gnóstica. (*Coge la carta, a medio escribir aún, y la parte en menudos trozos. Luego empieza otra en la siguiente forma*.) «Mi querido Alcides: ¡Soy el hombre más feliz de la Tierra!...»



VISTA DE JAPIRITALA. — Estampa del distinguido artista tibetano señor Chung-Hong, que se conserva como oro en paño en el archivo de la familia Redingot, en Ibiza.



- ¡Niño, que no gastes mucho!
 — ¡Pero si no tengo ni un céntimo!...
 — No importa. Ya sabes que muchos se arruinan por gastar lo que no tienen.

Dib. TONO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Del Real a la Latina, pasando por Fuencarral.

(CHISMORREO, CHIRIGOTEO, ALGO DE INFORMACIÓN Y SU POQUITO DE GUALICHEO)



— ¿Cómo está la Sociedad!
— La Sociedad de Autores, ¿no?
— Exacto. Ha concedido un mes de plazo a la de Compositores para que elija entre la paz o la guerra.

— Y ¿qué dice el maestro Serrano?

— Que vota en contra.

— ¿En contra de qué?

— De lo que se decida.

El maestro Serrano ha nacido para votar en contra. El día que se acordase tributarle el homenaje que tan merecido tiene, sólo se opondría un voto.

— El suyo. Pero oiga usted, a propósito del conflicto ése: ¿no está Luna — presidente de los compositores — en la Directiva de los autores?

— Sí, señor; pero Luna está en cuarto menguante.

— ¿No está también Barrera?

— También...; pero se le saltan.

— Entonces, ¿qué componen allí esos compositores?

— Nada, porque los compositores están descompuestos...

— ¿Habrás cisma?

— Esos serán otros López...

— ¿A propósito de López!

— ¿Qué acaece?

— Que López Merino se ha salido con la suya. Ser un dramaturgo recio...

— ¿Recio?

— Sí, señor. Fíjese: después de estrenar *Pedro Fierro*, ha estrenado *El Yunque...*

— *Fierro... Yunque...* ¿No le parece a usted que es mucho machacar?

— Sí, señor. Sólo le falta escribir *El Clavo* y estrenarlo en ¡*Martín*nnnn!

— ¿No me hable usted de Martín!

— ¿Por qué?

— Porque avanza por caminos de

perdición. Antes de un mes lo ha clausurado D. Millán, por impúdico.

— Luego ¿*La señora de Cabeza...*

— De cabeza, sí, señor.

— ¿De quién es?

— De Mihura y Del Toro, que en vez de eso debieran haber hecho una vaca.

Díaz en septiembre, sin perjuicio de tornar a las *variétés* en octubre.

— ¡Si se lo consiente Díaz, porque eso sería enmendarle la Plana!

— ¿Qué me dice usted de *Constantino Pla*?

— Que me place el Bósforo.

— Hablo de *Constantino Pla*, última producción, o lo que sea, de Pepito Fernández del Villar.

— ¡Ah! Pues de *Constantino*, allá los morenos, que ya le dijeron bastante.

— Bueno. Voy a acabar...

— ¿Quiere usted un pico?

— Que cierre usted el suyo es lo que deseo, o no le cuento otra escena de *El Paraíso terrenal...*

— Afonizo y escucho.

— La conquista de Eva es definitiva. Le hacen el amor todos los animales; pero ella sólo se ríe con el oso. Entonces Adán comienza a hacérselo, y se van juntos a un merendero que hay a orillas del Tigris.

— Y ¿qué pasa?

— Una pequeñez. Que allí está el árbol del mal y del bien, que, sin duda, por falta de naturalistas, le clasificaron de manzano, siendo peral; que Adán trepa, y se da un atracón; que Eva tripa...

— Trepa.

— Es verdad, trepa, y se da otro, y que de resultas de los dos atracones, cogen dos asientos... ¡Dos asientos de Paraíso!

— ¿Y luego?

— Pues luego, purga.

— ¿Cómo que purga?

— ¡Que purga cada uno

su pecado tal y como lo relata la Historia! Llega un ángel municipal, los desahucia, y Adán se indigna mucho, pretextando que aquello fue otra pequeñez. Pero el ángel le dice que fueron dos.

— ¿Dos?

— ¡Naturalmente: Caín y Abel!

EL LORO DEL RIN



Dib. BILBAO.

Lola Membrives, primera actriz de la compañía de Jacinto Benavente.

— ¿Qué hay de la Zarzuela?

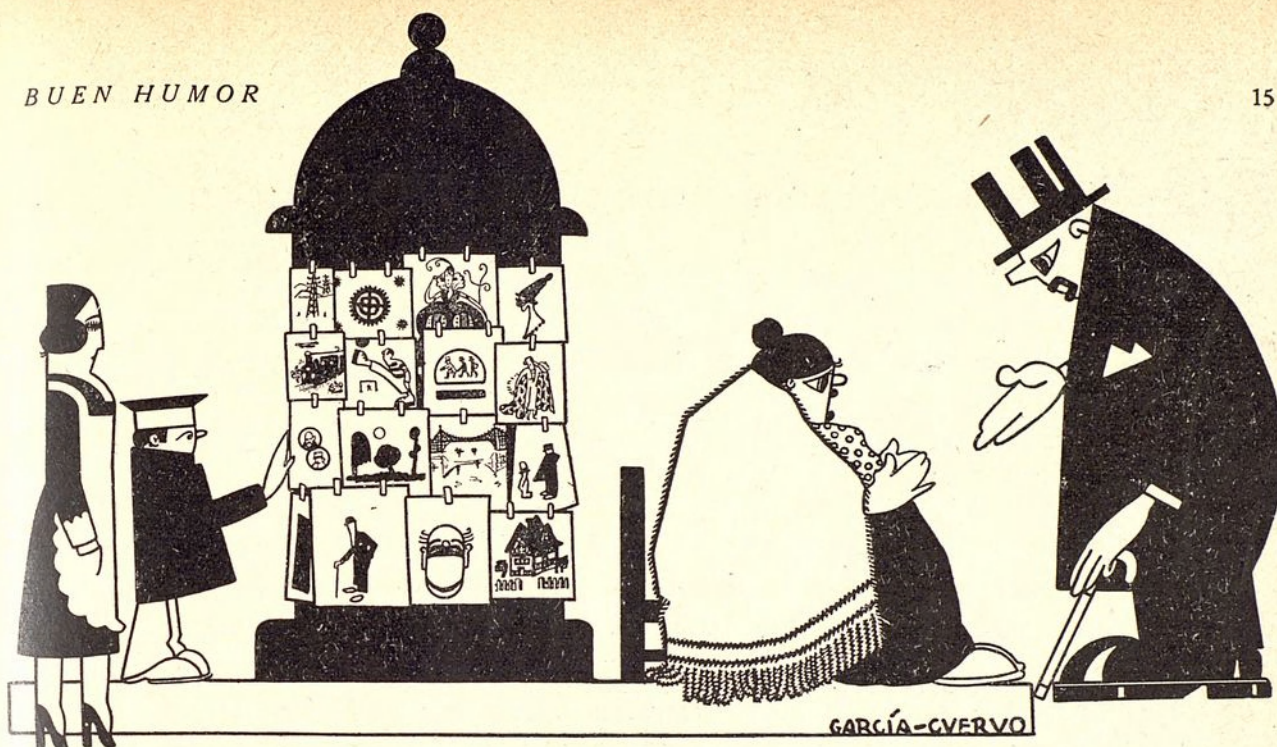
— Que está hecha circo.

— ¡Hay quien opina que está hecha circo!

— Es compatible.

— ¿Abandona Romea las *variétés*?

— Evidente. Alesanco se ha decidido por las comedias. Reformará el teatro, y llevará el elenco Plana-



LAS CONSULTAS EN LA CALLE. — Y usted, doctor, ¿qué hace cuando se acatarra?
— ¿Yo?... ¡Toser!...

Dib. GARCÍA-CUERVO. — Madrid.

El nuevo reino de Egipto, o un encargo extravagante.

Por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

¡Qué capricho más raro ha tenido
mi vecina Dolores Aguado,
que unos versos ayer me ha pedido
con tema forzado!

Se comprende, lector, que quisiera
que en mis versos tratase de amores,
de lo bello de la primavera,
de brisas y flores.

Cosa extraña tampoco sería
que quisiera que hablase de moros,
de los graves problemas del día,
de solfa o de toros.

Mas, ¡caray! Lo que pide es que en serio
le dedique rimados renglones
al que un día fué *mágico imperio*
de los Faraones,
y que diga en mi estilo jocundo
que el sultán a ser rey ha pasado
y que Egipto es ya un trozo del mundo
con rey coronado.

Sepa Lola que estoy «pluma en ristre»;
mas de Egipto yo vivo en la higuera
y no es fácil que la suministre
ni un dato siquiera.

¿Qué le importa a la buena señora
que el sultán pase a rey verdadero
y en Egipto le llamen ahora
«Don Fatty primero»?

Puede ser que de Egipto algún cuento
quiera ver la que tanto me encomia,
porque, a causa del poco alimento,
parece una momia.

Mas de Egipto no sé ni una jota;
sólo sé lo que en *Aida* nos canta
Radamés cuando, nota tras nota,
«sus males espanta».

¿La diré que en el reino flamante
las pirámides, llenas de anchuras,
no se mueven de allí ni un instante...
y siguen tan duras?

¿La diré que una esfinge de piedra
saludó al nuevo rey con mal gesto,
y el tal rey, aunque nada le arredra,
sintióse indispuesto?

¿La diré que en El Cairo enterradas
hay de momias egipcias millares
que la ganan en chichas pegadas
a los costillares?

¿La diré que en la gran biblioteca
con que honrada se ve Alejandria
no hay (por ser su encargado un babieca)
ninguna obra mía?

La diré muchas cosas, tan sosas
como sosa es la horchata sin chuchas;
porque el tema no *suelta* más cosas
ni serias ni bufas.

Así, pues, no encontrándoles miga
a estos versos de tema forzado
que me encarga mi escuálida amiga
Dolores Aguado,

no me hará nuevamente un pedido
de festivos rimados renglones
sobre el reino que fué casto nido
de los Faraones.

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

SACCHETTI



SACCHETTI prima che molti *avanguardisti* chiacchierassero tanto di volumi, di piani, di dinamismo, aveva inventato un di segno di massa in movimento; questa segreta virtù si trova fin nelle sue prime caricature, e a questa scoperta e dovuta gran parte della sua fama. Daumier molto spesso, prima di eseguire una caricatura, ne modellava un bozzettino in creta; e Sacchetti affida al disegno la modellazione, con segni que sono la suggestione di altrettante immagini tattili e motrici. Una testa d'uomo nel suo disegno e originariamente una massa, que a volontà sua si divide, si schiaccia, si allunga, si piega; e naturalmente la deformazione esprime la visione humorística, cioè riproduce il vero e misteriosamente vi inserisce il commento, facendo affiorare in trasparenza il vero più nascosto e più vero. A disegno finito, potrà anche darsi que lineamento per lineamento nemmeno esista la somiglianza; ma l'insieme equivale a una biogra-

fia e a una confessione... tanto que farsí fare una caricatura da Sacchetti implica un certo coraggio: e come un farsí *rovesciare* in pubblico.»

De este modo expresivo, y con esta aguda y profunda certeza, definió hace algún tiempo Giuseppe Fanciulli, en *Emporium*, al humorista Enrico Sacchetti.

Sacchetti es acaso, entre los humoristas italianos modernos, el más dinámico, el mejor dotado de una instantánea visión de las líneas y de las formas movibles de un modo fulgente, tal como la vida las muestra. Es realmente el dibujante de *masas en movimiento*, como dice Fanciulli; el que impone su voluntad a los rostros ajenos para arrancarles su secreto.

En Sacchetti no hay esa pesadez maciza de otros dibujantes, que confunden la construcción con el anquilosamiento; no hay tampoco esa arbitrariedad caótica, ese chisporroteo de trazos con que otros dibujantes pretenden dar sensaciones movidas y rápidas. No; Enrico Sacchetti es siempre seguro, claro y equilibrado. Lo mismo en sus esquematizaciones que en sus persistencias lineales; igual en el croquis

ligero, repentino, o en la caricatura, donde se caza al vuelo un perfil, donde la expresión no se disimula, que en el retrato meditado, reflexionado, o en la ilustración edito-



AUTOCARICATURA

rial exigente de cierto detenimiento preparatorio.

No nos cansaremos nunca de elogiar esta clase de artistas contemporáneos, formados al margen de la pintura destinada a las exposiciones nacionales y luego a los almacenes generales de la mediocridad pintada, que se llaman, por vergüenza, Museos modernos. Los dibujantes a la manera de Sacchetti, a la manera de los nuestros, muchas veces citados, son quienes fijan de manera atrayente y sugestiva el carácter del siglo actual.

Como sus compañeros de generación y de credo estético, Enrico Sacchetti se mezcla, se contagia, se asimila la psicología — un poco morbosa, otro poco infantilmente pura — de nuestra época. Así puede reflejarla luego con la exactitud, elocuente de sus dibujos. Son la aportación de un testigo o la sentencia de un juez. A veces — con la grata, la deleitosa alegría de sentirse pecador del sueño o de la carne —, la confesión de un cómplice.

El artista, y más concretamente el humorista, debe ser todo ello al mismo tiempo: testigo, juez y cómplice. Lo es Enrico Sacchetti, indudablemente.



EL KAMERADE

Si no amara las mujeres bonitas, perfumadas, enjoyadas y displicentes, no habría conocido los éxitos de París y de Londres. Si no hubiera tenido que dejar los lápices por el fusil y la cartera de dibujos por la mochila, no podría ahora dar la veracidad racial, ni el cáustico sarcasmo de sus álbumes referentes a los prisioneros alemanes y austriacos. Y ha sido preciso que luchara simultáneamente por el pan y por la gloria, para que cumpliera con la cualidad primordial del caricaturista: la rebeldía.



Porque es oportuno decir que a Enrico Sacchetti se le hicieron aguardar demasiado las horas buenas y los momentos felices.

Al hablar de su adolescencia acuciada por la necesidad cotidiana y el ímpetu desconocido por los demás, Enrico Sacchetti no olvida sus *tre anni di fame fiorentina*. Cuando evoca el período de residencia en Buenos Aires, exclama como una nostalgia de ayer y un desquite de anteayer: *Mi ricordo soltanto di aver dormito immensamente*.

¡Años de hambre! ¡Noches de sueño tardío! ¡No expresan ya lo que fué la primera juventud de Enrico Sacchetti! Una juventud abohemiada inevitablemente, incomprendida fatalmente. Esas juventudes, que peligran como un príncipe de cuento brujo a lo largo de senderos henchidos por el maleficio.

Enrico Sacchetti es florentino. Su niñez transcurre en Roma, bajo el resplandor tranquilo de la lámpara familiar, entre los brazos del padre que le lleva la mano para los primeros dibujos. Adolescente, se extraña y se engaña como tantos artistas en preparaciones que luego serán inútiles. Pierde el tiempo en una Academia militar. Gana diplomas como alumno de ciencias físicomatemáticas en otro Instituto de enseñanza.

¡Qué inútil todo esto para el mañana inevitable y radiante!



VALS DE AMOR

Se rebela y se independiza con ese instinto del camino justo que no siempre obtiene un logro final. Otra vez en Florencia. Las jornadas de quimera, de apóstrofe y de amor recién revelado a los sentidos mocerilmente generosos de su savia. Tiene amigos fieles que también han de triunfar en años futuros, todavía lejanos: Sem Benelli, el poeta de *La cena delle beffe*; el escultor Libero Andreotti...

Sacchetti dibuja en el *Bruscolo*, en el *Verde e Azzurro*; empieza a ilustrar una edición popular de *Los miserables*, de Víctor Hugo, cuando todavía su arte inquieto no tenía derecho a imponerse por el renombre, y el editor le devuelve la mitad de los dibujos, antes de que los suscriptores se fuguen totalmente.

De pronto, el triunfo rápido, inesperado, no sólo en Italia, sino en

América. Desde *El Diario de Buenos Aires* le solicitan, y Enrico Sacchetti marcha a la República Argentina. Son cuatro años de trabajo bien remunerado, los años en que podía dormir *immensamente*. La firma de Sacchetti no se limita a *El Diario*. Asoma en las revistas, en los libros.

Pero el artista siente la nostalgia de Europa. Vuelve a Italia, y de Italia emigra a París, atraído por esa fulguración de espiritualidad que tiene la capital de Francia en el fondo de todos los horizontes artísticos e intelectuales. Y en París, rival de dibujantes peligrosos, Sacchetti se destaca. Pocos fijan en rasgos netos, graciosos, la silueta de la parisina como este florentino, que aprendió el amor en las *ragazzas* y lo saboreó en las porteñas del Plata. Alcanza incluso tal francesismo en el alma y en la mano, que ilustra a Flaubert como si en Normandía hubiera nacido y fuera un héroe de Maupassant, el voraz de sensualidades.

Ya, a partir de la época de París, todo es fácil, amable y sonriente para Sacchetti. Colabora en los semanarios humorísticos,

en las revistas literarias, en las publicaciones editoriales. Sus álbumes adquieren derecho a tarifas elevadas...

De pronto, la guerra. El *peintre de la femme*, el glosador gráfico de la *Biblioteca dei Ragazzi*, ha de enseniar su arte. Dibuja siluetas sórdidas, pesadas y desagradables de teutones, de los austriacos, los enemigos tradicionales de Italia.

Y este nuevo aspecto de Enrico Sacchetti coincide con su madurez, cuando la vida se contempla desde ese altozano que sólo alcanza el hombre después de los treinta años, cuando empieza la labor durable e imperecedera.

JOSÉ FRANCÉS.



UNA FAMILIA TORERA



N servidor de ustedes, con su familia, compuesta de esposa y dos hijos, veraneamos por antigua costumbre en la sierra. A nosotros nos encanta el lugar. El agua es riquísima; la temperatura, deliciosa; el aire, puro y sin mancha; la leche, más pura que el aire; los huevos, frescos; el pan, moreno, sabrosísimo; con todo lo cual, para nosotros, el pueblecito es una Arcadia.

Sólo una cosa turba la tranquilidad de aquellos hermosos parajes: los toros. El noble bovino, como tan acertadamente le calificó no sé cuál crítico, se lo encuentra uno con gran frecuencia.

No es para dicho lo que hemos sufrido con los mil encuentros con los toros. Hemos corrido, hemos saltado tapias, nos hemos tirado al suelo, y hasta mi esposa, más serena que nosotros, se ha visto precisada a hacer la suerte de *Don Tancredo*, claro que en su traje habitual.

La frecuencia de estas contingencias taurinas un año y otro, han hecho que naturalmente, y por instinto de conservación, hayamos ido poniendo en práctica medios de esquivar o burlar a los fieros cornudos con regates, llamándoles la atención con los pañuelos o subiéndonos a un árbol muy asequible, que ha sido hasta ahora una verdadera Providencia para los veraneantes, y al cual le llamamos, los que hemos leído un poco, el árbol de Noél.

Ya al terminarse la temporada veraniega pasada, mi mujer, un día, y al encontrarse inopinadamente con un morlaco, le dió un pase que a mí me pareció natural. Otro día, yo mismo, viendo a una niña mía en peligro, hice un coleo, y así poco a poco hemos ido perdiendo el miedo, y

la madre de mis hijos se arrima tanto como lo pueda hacer el propio Belmonte y, desde luego, mucho más que *Chicuelo*.

En fin, en estas obligadas prácticas taurinas hemos ido adquiriendo un dominio y un conocimiento de los toros, que no pasa día sin que hagamos alguna proeza.

La semana última de nuestro veraneo, estando la muchacha sacudiendo, en la plaza del pueblo donde vivíamos, un ruedo que ponemos a los pies de la cama, se le apareció un toro. La muchacha, lógicamente, se asustó y salió corriendo, dejando a medio sacudir la esterilla por un sólo lado. Pues bien: a las voces de la chica se apercibió del peligro mi señora, salió en medio de la plaza, y después de hacer una faena inteligente, alejando a la res, dió la vuelta al ruedo y lo siguió sacudiendo.

Pero ¿quieren ustedes más? Mi niña mayor, que se educa con monjas y le da a todo un marcado sabor religioso, una tarde nos asombró con una verónica; y la más pequeña, que es criatura de muchas luces, con dos faroles.

En resumen: que los inteligentes dicen que yo tengo un toreo fino; que conmigo le ha salido un grano a Granero; que mi esposa, saliendo su toro, puede quedar muy bien, y que mis niñas, aunque aun bailan algo, como peones no han de hacer mal papel.

Y es claro, esto ha variado tan absolutamente la fase de nuestra vida, que nosotros nos hemos decidido a tratar de explotar estas ignoradas condiciones taurinas, dando de lado a aquello que hasta ahora era nuestra modesta manera de vivir.

Por tanto, hemos nombrado apoderado y tenemos la esperanza, ante la novedad sin igual de una familia torera legalmente constituida, que nos lloverán los contratos. Comenzaremos en seguida a oír ovaciones por las orejas y a llevarnos los billetes por kilos, pues aunque no sea, de momento, más que por vernos dar el paseo con las niñas en brazos, se llenarán las plazas; eso aparte que, vestidos de luces y al ritmo de un pasodoble torero, me río yo del efecto del más sorprendente de los trucos ideados por D. José Juan Cadenas.

No sé si será esta temporada cuando nos sacará, como vulgarmente se dice en lenguaje tauróma

EL BUEN HUMOR DE NUESTROS CLÁSICOS

A UN VALENTÓN METIDO A PORDIOSERO

*Un valentón de espátula y gregüesco,
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco;
retorciendo el mostacho soldadesco
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica
y en el nombre de Dios pidió refresco.*

*«¡Den voacedes, por Dios, a mi pobreza!
— les dice —, ¡Donde no, por ocho santos,
que haré lo que hacer suelo sin tardanza!...»*

*Mas uno que a sacar la espada empieza,
«¿Con quién habla — le dijo — el tiracantos?
Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?»
Respondió el valentón: «Irme sin ella.»*

MIGUEL DE CERVANTES.



SONETO

*¡Qué alegres son al tierno enamorado
las iras de su dama... con blandura!
Aquel «¿estáis en vos?», «¡qué gran locura!...»,
y aquel «¡quitaos allá, desvergonzado!...»
El santiguarse; el «¿cómo habéis entrado?...»
El argüir la fama con cordura...
El tierno desamor... Y la dulzura
de aquel «¡ay, que lo oirán!» y «¡que es pecado!...»
El falso defenderse... El maleficio...
Las lágrimas... El «¡ay!...» El «¡yo os prometo!...»
El «creo me engaños como enemigo».
Y aquel «¿dónde estaba yo?...», «¡tened más juicio!»
Y aquel «¡cuál me dejáis!...», «¡tened secreto!»
No hay mal que tanto bien traiga consigo...*

FRANCISCO DE QUEVEDO.

co, la empresa de la plaza de Madrid, que ya trata de que nuestro *début* sea en su circo taurino. Nuestro apoderado está al habla; pero, es claro, hay una dificultad de momento. La empresa nos ofrece una corrida nocturna para que salgamos, pretextando que somos nuevos en esta plaza para sacarnos de día; pero nosotros no hemos podido firmar, porque con los niños no queremos salir de noche.

De momento, nos pasamos horas y horas en la calle de Sevilla, apoyados en los ventanales del café Inglés, cosa que nos han aconsejado personas peritas en la materia como de gran resultado para contratarse, y a todo el que pasa le saludamos toreramente, encogiendo el dedo gordo de la mano derecha, estirando mucho los otros cuatro, y moviendo toda la mano de delante hacia atrás a la altura de las narices.

Y hasta nuestro próximo *début*, señores, en el cual nuestro primer toro se lo pensamos brindar a la afición madrileña y a la crítica taurina, a todos los cuales saludamos desde estas columnas a nuestra vuelta de un encerradero donde hemos estado tentando unas reses.

ANTONIO PLAÑIOL.

ENTREACTOS

Yo estoy loco perdido del todo
por cierta morena;
una chica que da el opio a un santo,
porque es hechicera.
Tiene un pelo... ¡Señores, qué pelo!
¡Qué labios, qué cejas,
qué nariz, qué cintura, qué talle,
qué pies y qué orejas,
qué garganta, qué cutis, qué manos,
qué pestañas negras,
qué mirada, qué boca, qué ojos,
qué dientes de perlas,
qué mejillas de rosa, qué pecho,
qué voz, qué caderas
y qué... palo me va a dar su padre
en cuanto lo sepa!...

✻ ✻ ✻

Cesante un municipal
quedó por ser tahonero.
Aquí el repesa te ipsum
viene como anillo al dedo.

ANTONIO GRILLO.
C. de la A. de la L.

CONCURSO DE TÍTULOS Y LEYENDAS

Continuamos hoy la publicación de los trabajos escogidos entre los tres mil ochenta y dos originales que hemos recibido con destino a este concurso.



EL ADUAR DESHECHO

EL FRANCÉS. — ¿Vas a cavar aquí?

EL MORO. — Sí; tengo que enterrar a los míos.

EL FRANCÉS. — ¿No ves que puede venir el enemigo?

EL MORO. — ¡Que venga! Aquí murieron mi padre y mi madre, y, por tanto, aquí debo hincar el pico.

DE LO VIVO A LO PINTADO

EL TURISTA. — ¿Y éstos son los palacios encantados que describe la leyenda? ¡Esto es un churro!

EL MORITO. — No, señor; es-combro.

DIME CON QUIÉN ANDAS...

EL TURISTA. — ¿Hace muchos años que esto está en ruinas?

EL MORO. — Más de veinte: desde que se halla bajo la acción civilizadora de España.

EL TURISTA. — ¿De España? No digas más: se conoce que tratan de hacer una Gran Vía...

JOSÉ MARÍA SIMÓN. — Madrid.

POLÍTICA DE RECONTRAATRACCIÓN

MR. LE TOURISTE. — Señor de moro, estos campos de desolación nos señalan el camino de Tánger. N'est-ce pas?

UNO. — Madrid.

PUERTA DE TÁNGER

MR. CHAMBÓN, ARQUITECTO. — Aquí hay que poner en seguida dos fuertes columnas francesas.

J. ABAD TERRIZA. — Almería.

LA PENETRACIÓN PACÍFICA

EL TURISTA. — ¿Qué ha pasado aquí?

EL MORO. — Querer pasar español y tirar la puerta.

FERNANDO LEÓN.

ANTE EL PELIGRO

EL TURISTA. — ¿Por qué no sigues trabajando?

EL MORITO. — Porque tengo miedo a hincar el pico.

AURELIO M. CONTRERAS. — Madrid.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA NOCHE EN BLANCO DE UN HÚSAR ROJO, por Alfonso Allais. ==



Yo me he preguntado siempre por qué se llaman noches en blanco a las que se pasan fuera de la cama. Yo tuve que pasar una, y la vi muy negra. Yo estaba enamorado de una muchacha rubia muy gentil, con el pelo rizado sobre la frente. Estaba siempre a la ventana cuando yo pasaba.

A fuerza de pasar y pasar, creí observar que ella me reconocía, y le dirigía una sonrisita, porque creía ver que ella me sonreía también.

Estaba en un error, como pude ver después, aunque demasiado tarde, por desgracia.

Yo me decía: «Tendré que ir a visitarla algún día.» Mientras tanto, procuré informarme hábilmente.

Ella estaba casada con un señor muy molesto, según parece, director de una importante fábrica de pólvora.

El señor molesto salía todas las noches hacia las ocho para ir a su Círculo, y volvía muy tarde.

«Bueno — me dije —, ya sé lo que he de hacer.»

Estábamos cerca de las fiestas de la *Mi-Carême*.

Con este motivo estaba invitado a un baile de trajes.

Como sabían que tengo una gran imaginación, todos mis amigos me decían: «Procura buscarte un disfraz original.»

Y me disfracé, desde por la mañana, de húsar rojo de Mónaco.

Por si ustedes me dicesen que en Mónaco no hay húsares rojos, ni húsares de ninguna clase, debo hacer constar que la fan-

tasia puede explicar todas las inexactitudes.

Cuando me contemplé en la luna de mi armario, me dije: «Ahora será la ocasión de ir a visitar a mi damita rubia. Ella no podrá rechazar a un húsar rojo de tan hermoso porte.»

La verdad es, entre nosotros, que estaba muy bien con aquel disfraz.

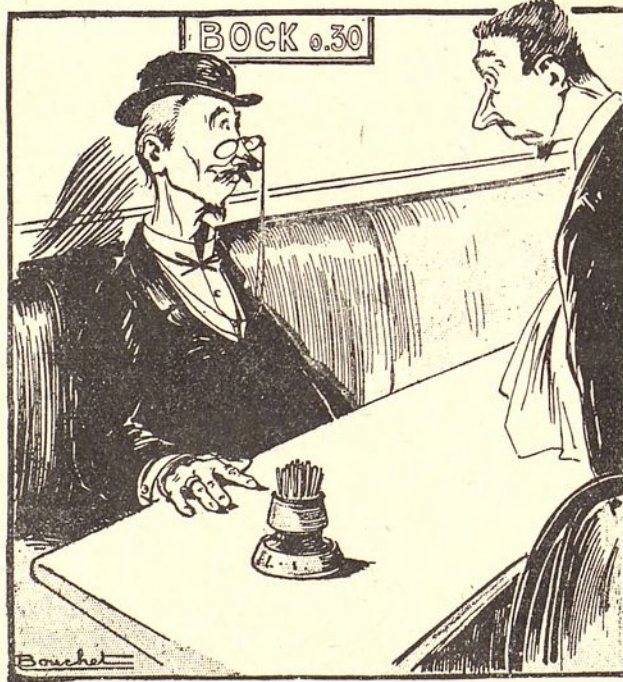
Cené temprano... una buena cena, substancial, para llevar fuerzas, mojada con un vino generoso, para llevar... frescura.

Me apreté el cinturón, en el que había un sable dispuesto para el ataque.

Al llegar a la casa de mi adorada, vi que el marido salía.

Bueno; esto va bien... Le dejo alejarse, y subo la escalera despacio por causa de las espuelas, a las que no tenía costumbre, y que deben ser muy largas en los húsares rojos.

Tiré de la campanilla. Se oyeron unos pasos detrás de la puerta. Abrieron... ¡Era ella!... ¡Mi rubia!... Yo le dije...



— Mozo, déme usted un anuario y servicio de escribir.
— Y con eso, ¿qué va usted a tomar?
— Con eso, amigo mío, voy a tomar unas señas.

(De Le Rire. — Paris.)

En estos momentos se dice lo primero que viene a la memoria.

Pero ella me respondió indignada: — ¡Está usted loco, señor mío!... ¡Mi marido va a venir!... ¡Escuche usted!... ¡Sube!...

Y me dió con la puerta en las narices.

En efecto: alguien subía por la escalera con un paso ruidoso, el terrible paso del esposo vengador.

Me quedé perplejo.

Había un medio muy sencillo de salir de la situación, y era el de bajar la escalera. Pero como ha hecho notar muy bien un filósofo inglés, las ideas más sencillas son las últimas.

Yo pensé en todo menos en bajar.

Pensé en desenvainar el sable y dirigirme al marido; pero esto era absurdo y comprometedor.

El hombre subía.

Entonces vi una puertecita en que hasta entonces no había reparado. Abrí la puerta y, rápidamente, me introduje en una habitación, en el preciso instante en que el ma-

rido llegaba al final de la escalera. Oí el rechinar de una llave en la cerradura; una puerta que se abre, una puerta que se cierra — la misma, sin duda —, y pude respirar.

Y me puse a examinar la pieza en que había encontrado la salvación.

Pasados unos minutos, dulcemente, sin ruido, me acerqué a la puerta y empujé...; pero la puerta se resistió.

Empujé más fuerte, y se resistió todavía.

Me puse a hacer fuerza con un vigor sobrehumano. La puerta resistía, sin dejarse abrir.

Pensé que sería la humedad que había hinchado la madera. Pero tuve una idea infernal... Sin duda, el marido me había visto y me había encerrado.

¡Qué situación para un húsar rojo!... ¡Vaya una noche de *Mi-Carême*!... ¡Yo que estaba invitado a un baile!...

Quise alejar este pensamiento. La puerta no se abría...; resistía a mi empuje como una roca.

Cansado de empujar, me senté. Estaba en una habitación destinada a guardar objetos de limpieza.

Escuché un rato... Se oía el excitante tictac de los relojes... los cuartos, las medias, las horas...

Y el marido no venía a abrirme.

A cada rato, con desesperación, me levantaba, y, con toda mi energía, empujaba, empujaba, empujaba...

Y la puerta resistía.

Tuve, en fin, que renunciar a la lucha. El puño del sable se me metía en las costillas. Me lo quité y lo colgué del picaporte; después me dormí, con un sueño horroroso, lleno de pesadillas. El ruido de la calle se iba perdiendo poco a poco.

¡Me despertó!... Es ya por la mañana.

Me froto los ojos y me doy cuenta de mi situación. El marido me ha tenido encerrado allí toda la noche, y aun... Rabiosamente tiro de mi sable...

No me atrevo a decirlo lo demás.

¡Imbécil! ¡Más que imbécil! ¡Idiota! ¡Más que idiota! ¡Necio! ¡Estúpido! Me había pasado toda la noche empujando a la puerta...

¡Y se abría para dentro!

A. R. H.



NÚMERO 18
DE
BUEN HUMOR

Cupón que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita con destino a NUESTROS CONCURSOS



LA MANÍA DEL JERSEY

— He hecho ya ocho para mí, seis para mi esposo y siete para Fifi. Ahora tengo que hacer dos para el loro y una docena para el canario.

(Del Lustige Blätter. — Berlin.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

L. E. Madrid. — No sabe usted lo agradable que es, entre tantísima cosa mala como tenemos que leer, encontrarse una cosa buena. Tiene gracia y está bien desarrollado. Le buscaremos un huequecito.

A. V. Madrid. — S. G. Madrid. — Tienen algunos aciertos; pero son pocos y vulgares.

F. M. Madrid. — No está mal. Tampoco es decir que esté muy bien; pero no está mal. Si tenemos un hueco alguna vez...

J. H. G. Madrid. — Eso de hacer un cuento con títulos de obras teatrales es completamente vetusto. Mande usted alguna otra cosa con un procedimiento más contemporáneo.

«Carabinero.» Arenys de Mar. — Como usted habrá visto, la sección de Información telegráfica de BUEN HUMOR está a cargo de Ernesto Polo. Si le soplan las musas, mándenos algo más original.

P. P. L. Madrid. — Los arreglos no suelen quedar bien la mayor parte de las veces. Mándenos otra cosa más corta, pues tiene usted sobradas condiciones para hacerlo muy bien.

A. Y. Bilbao. — ¿Conoce usted el cuento de aquel señor que al dar una propina dijo: «Tome usted, para café», y dió dos terrones de azúcar? Pues es muy parecido al suyo, y tiene el mérito de ser del siglo XIII.

El Capitán de las Pelucas. Barcelona. — Su soneto nos parecería indicadísimo para nuestra sección El buen humor de nuestros clásicos, pues en asunto y medida puede pasar firmado por Lope de Vega, dicho sea en honor de usted. Procure renovarse, pues creemos que no le faltan condiciones.

Juaneca. Barcelona. — Con usted tenemos que echar un parrafito. Ante todo, sepa que no se dice *vogar*, sino *bogar*, a la acción y efecto de conducir remando. Su cuento, desde cualquier punto de vista, no es una cosa definitiva, ni mucho menos. ¡Ah!, procure usted no mandarnos ilustraciones, pues es usted mucho mejor literato que dibujante. El otro cuento, también ilustrado, corre la misma suerte que éste. Insista usted, pero sin dibujos.

E. R. F. de M. Dar Drius. — Como, además de ser soldado y estar pasando las *morás* en esas tierras de Abd-el-Krim, escribe usted bien, le rogamos nos mande otra cosa más cómica, y en prosa, a ser posible. ¿No tiene la guerra de Marruecos aspectos cómicos que reseñar? ¡Ah! de los humoristas! ¡No todo ha de ser cantar el Banderita.

M. S. A. Madrid. — Está muy bien; pero es muy verde. Mande usted otra cosa, amigo.

Javier de Manzanares. Madrid. — El golpe final tiene mucha gracia; pero la preparación es pesada y sosa, y no compensa.

Jackson. Madrid. — Nos gustó mucho. Las dos primeras estrofas, en serio, nos parecen admirables. En el resto creemos ver un fondo sentimental que no nos cuadra. Haga cosas cómicas en el mismo estilo, a ver si nos sirven.

El Fisgón de los Madriles. Madrid. — Nos ha mandado usted los *Versos prosaicos*; pero la gracia debe de habérsele olvidado, porque no la encontramos por ninguna parte.

F. C. H. Madrid. — Son poquita cosa.

C. C. Valladolid. — También su *Diálogo campestre* es poquita cosa. Su *Impasible* nos ha admirado mucho por su ingeniosa construcción; pero es un trabajo estéril. De todos modos, si algún día podemos...

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



CUPÓN
correspondiente al número 18
de
BUEN HUMOR

Cada trabajo — no solicitado — que se nos remita, ha de venir necesariamente acompañado del presente cupón.



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.



PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido o con arrugas, manchas, pecas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc., a las veinticuatro horas de usarla la bendicen. Las señoras que la usan, nunca tendrán vello.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp.^ª — BADALONA (España).



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

—ooo—

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL.

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración: Plaza del Ángel, 5.

MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

40 cts



Dibujo de ALONSO.—De nuestro concurso de carteles.